

PQ  
6633  
E6  
C65

WILBUR L. CROSS LIBRARY  
UNIVERSITY OF CONNECTICUT

hbl, stx

PQ6633E6C65

Cohetes de la verbena /



3 9153 00434559 3

PQ/6633/E6/C65

La Novela Corta



LOS COHETES  
DE LA  
VERBENA

- por

U. S. **Redro de Répide**  
extraordinario

# La Novela Corta

Fundador y Director: José de Urquía

Números publicados por LA NOVELA CORTA en el presente año

- 53.—SANTIAGO RUSIÑOL.—El pueblo gris. (Número extraordinario.)  
 54.—IGLESIAS HERMIDA.—De caballista a matador de toros.  
 55.—JOSÉ FRANCÉS.—La piedra en el lago.  
 56.—JOAQUÍN BELDA.—Un Van-Dick auténtico.  
 57.—AZORÍN.—Los pueblos (Número extraordinario.)  
 58.—VARGAS VILA.—El maestro.  
 59.—COLOMBINE.—El perseguidor.  
 60.—MANUEL BUENO.—Jaime el conquistador.  
 61.—JOAQUÍN DICENTA.—¡Quién fuera tú! (Número extraordinario.)  
 62.—AMADO NERVO.—El diamante de la inquietud.  
 63.—FRANCISCO VILLAESPESA.—Amigas Viejas.  
 64.—DIEGO SAN JOSÉ.—Murió como un hidalgo.  
 65.—NOEL.—Amapola entre espigas.  
 66.—EDUARDO ZAMACOIS.—Europa se va (Número extraordinario.)  
 67.—CONCHA ESPINA.—El jayón.  
 68.—EMILIO CARRERÉ.—El divino amor humano.  
 69.—GARCÍA SANCHIZ.—Escenas pintorescas. (Diario de un bohemio mundano.)  
 70.—PERÉZ ZÚÑIGA.—Seis días fuera del mundo. (Número extraordinario.)  
 71.—GÓMEZ CARRILLO.—El Japón heroico y galante.  
 72.—POMPEYO GENER.—Un pontífice del ocultismo.  
 73.—VALLE INCLÁN.—Eulalia.  
 74.—PEDRO MATA.—La excesiva bondad.  
 75.—LINARES RIVAS.—De mujer a mujer. (Cartas de mujeres.) (Número extraordinario.)  
 76.—PEDRO DE REPIDE.—La boda de Gualalpe.  
 77.—RAFAEL LOPEZ DE HARO.—El triunfo de la sangre.  
 78.—CRISTÓBAL DE CASTRO.—Las insaciables.  
 79.—JOAQUÍN BELDA.—Los secretos del mar. (Número extraordinario.)  
 80.—JOSE FRANCÉS.—El corazón ajeno.  
 81.—COLOMBINE.—Pasiones.  
 82.—MARQUINA.—En la extrema linde.  
 83.—E. RAMÍREZ ANGEL.—Una sola vez.  
 84.—GUIMERÁ.—Rosa de Lima.  
 85.—GARCÍA SANCHIZ.—Paloma.  
 86.—CONDESA PARDO BAZAN.—Clavileño  
 87.—EMILIO CARRERÉ.—La conquista de la Puerta del Sol,  
 88.—BLASCO IBÁÑAZ.—La Maja desnuda.  
 89.—DIEGO SAN JOSÉ.—Casa para estudiantes,  
 90.—SALVADOR RUEDA.—La Reja.  
 91.—PEDRO MATA.—El crimen de la calle de Ponzano.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

Administración: Calvo Asensio, 3. Apartado 498.-Madrid.

El sábado próximo: ROSITA, de

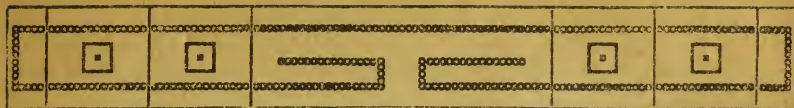
## Valle Inclán

En breve, UNA HISTORIA DE AMOR, de

## Manuel Bueno

NUEVAS HAZAÑAS DE JUAN DEL DUERO, de

## Prudencio Iglesias



# LOS CONECHES DE LA VERBENA

POR

Pedro de Répide

I

No tienen los otros mercados madrileños, por su natural promiscuidad, género ninguno de comercio determinado, y ninguno de todos puede tener tampoco el peculiar aspecto de esta plaza de la Cebada, donde se confunden en una algarabía triunfante, el voceo y los cantares, el chirriar de los carros, el jurar de los carreteros, las ventas concertadas a gritos, el pacto de mercader junto al requiebro de galán, la risa, la algazara y la alegría, todo lleno de vida y sol, bajo el más bello cielo de la tierra.

A lo largo de la calle hay un digno complemento del mercado interior, que se prolonga hasta la de las Velas y comunica con el Rastro por la de la Ruda. Desde allí, hasta la puerta de Toledo, se abren, como a lo largo de la Cava Baja, los paradores, últimos de su especie; pero tan pintorescos y sin variación ninguna ahora de como se hallaban en los días de la católica majestad del Rey Nuestro Señor D. Carlos IV. Los hay con nombres llenos de poesía, como el parador de la Luna, la posada del Dragón, la del León de Oro; con sensación de aldea, como la posada de la Ursula y la de la Gallinería; místicos también, tal el parador de la Cruz, la posada de la Merced, la de San Pedro, la de San Isidro y la del Angel, y no falta el título municipal, que parece acompañado de fuero; así la posada de la Villa. Todos estos templos de la hospitalidad, abren hoy sus zaguanes de igual modo que cuando pasaban sobre sus guijarros la carroza y el carro, la silla de posta y la galera. De los muros del portalón penden múltiples cribas y varios aparejos de cabalgar. Su patio es irregular y tiene sus muros jaharrados. Un alto corredor le bordea, y en su fondo titila una lucecilla oleosa.

Hoy nada turba la paz de estos mesones madrileños si no es el tráfico de los pueblos vecinos. Ya no los trastorna la maja, ni los alborota el estudiante

con sus decires procaces, ni el soldado con sus pesiatales, ni los arrieros con sus cantares, ni estalla en ellos la jácara al entrar de una pesada carroza, de donde baja una corregidora gorda y un corregidor grotesto, que por el servicio del rey pasan a su diócesis de corregimiento, para mayor lustre de la justicia y de la corregidora.

El león de la Fuentecilla guarda majestuosamente la entrada de Eldorado de la calle de la Arganzuela, y pasa desde su alto pedestal una olímpica revista a todos cuantos entran en Madrid por la Puerta de Toledo. El matadero, cuna de futuros toreros, y teatro de las habilidades de los carniceros más diestros en su arte sacrificadora, se alza como un templo feroz consagrado a una divinidad insaciable, y la Puerta de Toledo, que, aunque no construída hasta tiempos de Fernando VII, fué ideada por José Bonaparte, da punto a aquel admirable pedazo de la ciudad. La calle de la Ventosa, coronando la Ronda de Segovia, parece un baluarte hasta el portillo de Gil Imón.

Si aún hubiese señoríos y feudos, bien se sabe quién había de reinar como única señora en toda esa diócesis que hemos sido servidos de demarcar. De la plaza de San Millán a la calle de San Bernabé, todo ello dominaba, por juro de guapeza, aquella flor de la corte, maravilla hecha de carne, que era para los suyos Soledad; la *Taranta*, para cuantos formaban su Corte innúmera, y para el vulgo pasajero, la tabernerita de la esquina de la calle de la Sierpe. Allá sus abuelos, si estaban bien enterados de sus cosas de familia, podían saber si Soledad tenía algo quizás de gitana, como pudieran pregonar sus ojos faraónicos y su mata de pelo de azabache, que al sol se tornasolaba de azul. Pero mejor pudiera asegurarse que la *Taranta* había sido una maja de los bellos tiempos manolescos, que merendaba con la duquesa de Alba, ninfa de la Moncloa; creía en la beata Clara; adoraba en Pedro Romero; retozaba en el Canal, y volvía del Manzanares cantando desde la calesa volandera:

PQ  
6633  
E6  
C65

A San Isidro he ido  
y he *merendao*,  
más de cuatro quisieran  
lo que ha *sobrao*.  
Ha *sobrao* gigote  
y albondiguillas,  
dos capones, un pavo,  
y tres tortillas.

y ella había sido la divina musa del buen Francisco el de los Toros.

Bien ancho pudo estar el señor Juan el tabernero, el día en que Ignacio el matarife y su mujer Sebastiana, la fiadora de la calle de Calatrava, le hicieron entrega de aquel sol. Veinte años tenía Soledad y cuarenta y dos el señor Juan. Los padres de la chica no quisieron para ella ninguno de los partidos que la igualaban en edad. El señor Juan era hombre de peso, y en precio de su gravedad natural había de llevarse aquel regalo del cielo. Paco, el chico ebanista del patio; Esteban, el hijo del maestro de la cerrajería de la esquina, y aquel chulillo maleta, que trabajaba en el matadero a las órdenes de Ignacio, habían perdido el tiempo con sus cortejos y sus paseos por la calle de Mediodía Chica para toparse con Soledad, que sin peinarse y de vecindona, con el pañuelo de crespón echado de cualquier modo sobre los hombros, pasaba a alguna casa no lejana con recadillos de su madre, que la atisbaba desde el balcón, no hubiese alguno, más goloso que de la chica, de lo que la aderezaba, y diese un tropezón a los pañuelos de seda, a la falda de raso, o a la prenda o presea cualquiera enviada a la parroquiana que la pedía.

Muchas veces ella aceptaba, más de su grado, la conversación con el ebanista o con el cerrajero, o con el aficionadillo, que con el tabernero. Su madre se indignaba.

—A ver si va a poder ser que no *haiga* palique con esos monos *atufaos*.

Y la delicadeza materna y el respeto filial se velan honrados de continuo en aquella bendita casa. El señor Juan arreciaba en sus galanteos, y la chica lo merecía, porque no era la chica sola, sino la dote, que no era floja, porque amén de que el matarife tenía su fortunita, la fiadora tenía su buen capital en efectivo, aparte de las alhajas de valor, que hacían su tesoro flotante. El señor Juan, buen astur, trabajador constante y paciente, que a los trece años vino a Madrid, y en la misma taberna en donde empezó de medidor continuó año tras año, hasta que entre su trabajo y algún negociejo consiguió hacerse el amo de otra taberna humilde en la calle del Ángel. Cinco años llevaba ya con ella, cuando al tiempo que cortejaba a Soledad, hacía el amor a la agradable idea de llegar a poseer una taberna grande, de esquina a ser posible, y en una calle populosa: la de Toledo, por ejemplo. La calle del Ángel le agobiaba. Y aquella su taberna, con una sola puerta mezquina, de cristales verdosos velados por detrás con las groseras cortinillas encarnadas, se transformaba ante su fantasía en un establecimiento fantástico, con tres entradas estupendas, con sus grandes cristales biselados en los que se dibujaran alegorías dionisiacas. Y se desvanecía pensando en el escaparate tentador repleto de jamones y de conservas, de quesos y de frutas, y presidido por un enorme trozo de vaca fresca, incitante con su carne roja, y dejando adivinar un caudal de chuletas y una riqueza de solomillo. Y al volver de su ensueño, veía al medidor presa de un sueño material, durmiendo de bruces sobre una mesa, al gato sobre otra para hacer bulto, y él mirando a la calle.

Sin embargo, con algún gasto más relumbrón que verdadero y su tradición de trabajador y hombre sin vicios, tenía fama de bien acomodado. No lo era, sin embargo, tanto, que decidiese desde el primer momento a los padres de Soledad, que figuraban entre los ricos del barrio. Pero el señor Juan no interrumpía sus galanteos, serios, formales y ordenados como él. Así, todos los domingos, a pesar de ser el único día que entraba algún público en su establecimiento, lo dejaba a cargo del medidor, que era un chico borricote y fiel, paisano y algo pariente suyo, y se ponía una chaqueta de negra felpa, con unos grandes botones y ribeteada de ancha trencilla; poníase unos pantalones, entre grises y azules, que tenían brillo casi de acero; calzaba unas botas de charol, adquiridas en la casa de empeño, su pie poco lindo; cubriase con un sombrero ancho, de muy anchas alas y copa muy lustrosa; se colgaba del brazo la cachava, su vieja compañera de muchos años, con la cual bajó a la Fuente de la Teja la primera vez, y después de atusarse los bigotes, emprendía el camino de la calle del Mediodía Chica.

Cuando llegaba a casa de la fiadora, solían estar el matarife, la Bastiana y Soledad preparándose para salir. Iban a merendar a Tetuán, al puente de Vallecas, a las Ventas. El señor Juan era bien recibido y solicitaba el honor de acompañarlos. Y esperaba la marcha sentado en el sofá de Vitoria, bajo el espejo cubierto con una gasa de color de rosa, que preservaba su luna de las moscas, y frente a la solemne y bien repleta cómoda, que sustentaba unos grandes floripondios de papel, bajo enormes fanales. Y encima, presidiendo la pared, una imagen de la Paloma, rodeada también de su guirnalda de flores de papel de seda. Llenaba el cuarto la iconografía religiosa, la iconografía política y la iconografía taurina: *Imagen de Nuestra Señora del Puerto, que se venera en su capilla del Paseo Nuevo de la Corte de esta villa*. El Cristo del Zapato, que se veneraba en Atocha, y no faltaba la Virgen de Valvanera. Al lado de éstos, que eran curiosos grabados del siglo XVIII, había números antiguos de

*El Molín y de La Lidia*, y andaban revueltos Martos, Posada Herrera y Sagastu con *Cara-Ancha*, Ángel Pastor y *Lagartijo*. Había un grabado grande, que era un retrato de *Frascuelo*, y sobre él se cruzaban dos banderillas desgarradas en sus adornos y con manchas de sangre, que el tiempo había tornado amarillentas. Era un trofeo. Y en el centro del aposento estaba la camilla, ese mueble amigo y familiar, donde se comía y se trabajaba, y cuyo hule era el archivo de la fiadora, porque bajo él guardaba el recibo de la casa y el de la sacramental, y el de dos o tres Hermandades, que la tenían en su santo seno mediante un estipendio mensual. Allí también metía Soledad, en caso de sorpresa, alguna carta tan furtivamente leída como recibida. Y en las noches, tras de la cena, mientras la fiadora hacía las apuntaciones de sus asuntos, ella leía en un grueso tomo la historia de Luis Candelas, al tiempo que disfrutaba del calor del brasero, si era invierno, y si era verano, bajaba a la tertulia de la puerta de la calle, donde nunca la faltaban moscones a su alrededor, gracias a Dios.

III

Pasaba el tiempo, y no veía el señor Juan muy dispuesto al señor Ignacio para darle la chica. El tabernero cavilaba, cavilaba, y se le veía más mustio y alicaído cada día. Una tarde, la *señá* Cayetana, la fiadora de la calle de la Pasión, fué a ver a su colega la Bastiana por mor de no sé qué negocio, y dejó caer la noticia:

—¡Ay, Bastiana!, no somos nadie. ¿No sabe *usted* quién está *muy malismo*?

—¡Ay, hija! Me asusta *usted*. ¿Quién?

—El señor Juan, mujer. ¡Y solo como vive! ¿De qué le servirá ahora el dinero?

—¿Pero *usted* cree que tiene *gato*?

—De *Angola* y gordo. Ya lo creo. La mar de tierras en su tierra, y aquí, en el Banco, lo suyo.

—¡Ay, pobrecito! ¡Enfermo él! ¡Y nosotros que le queremos tanto! Pues, mire *usted*, no sabía yo lo del *gato*.

—Pues sí, señora. ¿Y ahora para quién? El hombre lo guardaba; lo guardaba porque tendría sus pensamientos. Pero si se desgracia, pues ya ve *usted*, *pa* el demonio.

No tardó el señor Ignacio en recibir recado del doliente con la participación oficial de la noticia de su enfermedad, por si el matarife, su amigo, le quería ir a ver. Lo que tardó Ignacio en saber la nueva, tardó en presentarse en la calle del Ángel. El señor Juan, desde la cama, con voz muy quejumbreira, le saludó, agradeciéndole la visita. Quejóse de pulmonía, y dijo cómo temía por su vida. Y en aquella hora tan seria, ya le podía decir al señor Ignacio que su mayor tristeza era morir soltero. ¡El quería tanto a Soledad! Tenía la certeza de que la hubiese hecho feliz. Al otro día se halló peor, y rogó a Ignacio que al siguiente fuesen con él Bastiana y la chica para tener el consuelo de verlas por vez última.

Y cuando fueron, la mujer que asistía al enfermo les dijo que estaba gravísimo, y que se disponía a hacer su testamento. Juan mandó que entrasen, y llegaron a tiempo de oírle dictar sus últimos mandatos. Los daba con voz entrecortada y moribunda. Ignacio y su mujer estaban asombrados ante la revelación de la riqueza de aquel hombre no sospechada jamás, y escuchaban atónitos y le oían decir: —A los pobres de Pola de Lena, mi pueblo, dejo los siete prados del Vallicar, y al cura de la parroquia donde nací, mi casa que está detrás de la iglesia, más diez mil duros para misas, limosnas y buenas obras por el bien de mi alma... Y así seguía distribuyendo su fortuna para después de su



muerte, mientras Ignacio y la Bastiana rabiaban por haber desperdiciado aquel marido para Soledad, y Soledad miraba todo eso con cierta compasión hacia el enfermo, y una especie de gesto indicador de que aquello la tenía completamente sin cuidado.

Fuéronse las mujeres, y el señor Ignacio, poseído de un súbito amor hacia el enfermo, no consintió en moverse de su cabecera. Quiso velarle; pero el moribundo no toleró tal molestia a su amigo. Sin embargo, al otro día a primera hora ya estaba el matarife en la alcoba del tabernero doliente. Estaba lo mismo que la víspera, y la asistenta hacía grandes gestos de dolor, que le metían el corazón en un puño al señor Ignacio. Dijo-le cómo esperaba aquella misma noche su muerte o su vida, y que temblaba la llegada del médico por las noticias que la pudiera dar. La Bastiana, entretanto, no pensaba sino en el capital perdido, y tenía en tal dolor la muerte del señor Juan como si la saquearan sus propios cofres.

Aquella noche no hubo otro remedio que dejar al matarife en la alcoba del tabernero. Y conforme avanzaba la noche sin novedad en el enfermo, Ignacio mismo parecía resucitar, y contaba las horas. A eso de las cuatro de la mañana, el señor Juan entornó los ojos y no escuchó los llamamientos de su amigo, y el amigo sintió un escalofrío. Contemplábase inmóvil, sin determinarse a nada, y maquinalmente, porque era buen cristiano, se puso a rezar un Padre-nuestro, y ya iba por lo de las deudas y los deudores, cuando sintió un resoplido, y, a continuo, el comienzo sonoro de un descansadísimo roncar. Era el muerto.

La Bastiana túvolo a milagro, y lo achacaba a cierta lamparilla que había encendido a la Virgen de Valvanera, que al decir de los inteligentes obra prodigios. Pero resultaba que el milagro debía ser todo cosa de *Frascuelo*, que era quien estaba más cerca de la palomilla de la candileja. Ello fué que el señor Juan empezó a mejorár a ojos vistos, y no esperaron a que saliera de la convalecencia para meterle la chica por los ojos.

—¡Ay, Jesús! ¡Y cómo tiene *usté* esta casa! Manga por hombro. Ya se ve. Sin una mujer, y después de una enfermedad. Mañanita nos metemos aquí la Soledad y yo y se lo dejamos todo como los chorros del oro. Sí, señor. Pues no faltaba más. Como los propios chorros.

#### IV

El señor Juan, repuesto ya, pegó por fin la hebra. A la chica no la hacía gracia ninguna, pero sus padres la azuzaban. Llegaron las corridas de Pascua, y el señor Juan, que entendía la flor, convidó a la madre y a la hija, y llevó a la chica un mantón de Manila que daba el opio. A la chica, que pensó en seguida en las verbenas, se la pegó al alma la fineza del mantón, y la dió por la carantoña, y se puso amable con el viudo, porque siendo como era su madre fiadora, y teniendo mantones admirables en su casa, no la dejó sacar ninguno nunca. El tabernero arreció en los obsequios y empezaron los tratos serios. Al fin, el matarife y su mujer le dijeron que, como no vendían a su hija, no querían que fuese sin lo suyo, y anunciaron la dote que, porque no pareciera ruín al ricacho con quien emparentaban, aumentaron más de lo que tenían ya dispuesto.

En fin, la chica acabó por aceptar la boda como una emancipación posible. Y dejó de poner malos ojos al viudo y a hablar menos con Paco, el chico ebánista del patio; con Victoriano, el hijo del maestro de la cerrajería de la esquina, y con aquel chulillo maleta que trabajaba en el matadero a las órdenes de Ignacio. Fijóse el buen día, y el señor Juan pudo pensar ya seriamente en

aquella taberna de las tres puertas, con sus cristales esmerilados, el mostrador regio, los comedorcitos particulares y el escaparate maravilloso. Item más, la niña más bonita y deseada de aquel barrio. Así bendijo él, y bien podía hacerlo, por lo mucho que le debía al genio pícaro inspirador de los arduos y de las trazas que le movió a fingir tan bien y tan oportunamente la grave enfermedad, y la invención del testamento tan fantástico como sus riquezas y que le valió el premio del matrimonio. No lo ideara mejor Pablillos de Segovia, doctor en la ciencia admirable de la picardía.

Otra decididora de Soledad al matrimonio, fué una amiga íntima que la servía de consejera álica a espaldas y a hurto de sus padres. Era la tal una *cantaora* que vivía en su misma casa. Llamábanla *La Ruiseñora*, era andaluza, tenía bella estampa y un tesoro cantando y otro hablando. Así dejaba sin una linda al que se la acercaba, o marcaba un martinete que sonaba en la noche como el trino de un pájaro encantado. También hacía maravillas coreográficas, y de ella aprendió muchas habilidades Soledad, y hacía filigranas del tango y del garrofin, como lo hacían sus dedos al tramar finísimos encajes aprendidos de la vieja de Almagro, que había sido su maestra en arte tan sutil. Al fin acabaron por llamarla *la Taranta*, no sólo porque su voz entonaba a maravilla el canto así llamado, sino también porque su grácil figura danzarina poseía la magia inquietante y extraña de las más refinadas inconsutilidades.

Esa tal *Ruiseñora*, que era entonces una estrella de Naranjeros, convenció a su discípula de la conveniencia del matrimonio con aquel hombre, y no era ninguna tonta la aconsejada para comprenderlo. Veinte años tenía, y estaba harta justamente de la compañía de sus reverendos padres, y de los días pasados junto al balcón, urdiendo encajes y arreglando mantillas desgarradas para los negocios de su madre.

Determinóse que había de ser la boda en Septiembre, y el novio, para acabar de dar el pego, y puesto que ya iba a coger dinero fresco, sacó dinero de donde pudo y aderezó regalos. Todo ello costóle el empeño de su taberna. Supiéronlo los padres, y le preguntaron el por qué. Pero él les supo responder que tenía intentos de poner otra mejor. Y si dijera que con el dinero de su mujer, no mentía.

En la calle de las Tabernillas, al lado de Puerta de Moros, vivía un platero amigo suyo. Y calculando que su amistad había de ser garantía de buen trato, llegóse a él para encargarle algunas alhajas que le fuera fácil costear. El platero era viejo, trabajaba en el piso donde vivía y tenía parroquia antigua amén de trabajos para tiendas determinadas. Servíale de oficial su hijo, que se llamaba Antoñito, y era un chico de veinticuatro años que no había más que ver. Esbelto, gallardo, amable, con ojos penetrantes y negros y rostro morisco y ovalado, y se cubría con su blusa de dril como un califa con su albornoz. Ceñía un pantalón admirable que se abotinaba, sin exageraciones, sobre el pie maravillosamente calzado; lucía bajo la blusa una camisa de seda, y de seda era también el pañuelo que anudaba a su cuello. Así, no tuvo más que cambiarle por el cuello a la marinera y la chalina, y la blusa por la perfectamente cortada americana, para ponerse a la disposición del señor Juan que les había dicho sus intenciones. Tenían los plateros algunas pulseras, cadenas y sortijas en el taller, y convinieron en que fuese Antoñito con el novio a enseñar las muestras a la próxima casada. Púsose el platerito su sombrero cordobés de color perla y ala corta, y allá se fueron artífice y comprador.

Soledad reconstruía, cuando entraron en su casa, la blonda de una mantilla, y su madre acababa de volver de la calle protestando de lo tramposas que son algunas mujeres, y asegurando que antes llevaría unos pendientes a la leona del retiro que a una tiple, y que en el teatro no había más que golfas y demás especie de damas distinguidas.

Cuando se marchó el platerito había dejado en poder de Soledad algo más que una lanzadera de záfiro y brillantes y un par de pulseras primorosas. Soledad había estado alegre y dicharachera durante la elección de las joyas, y sabiendo que su padre era antiguo amigo de Juan, aferróse a ello para decirle:

—Supongo que el novio les habrá convidado a ustedes. ¿Verdad?

El novio no les habla convidado; pero ya no tuvo otro remedio. Cuando el señor Juan se marchó con Antoñito, ella salió a decirles adiós desde el balcón. Un adiós que sólo ella sabía para quién era.

Antoñito dió la enhorabuena al amigo de su padre por la *gachí* que se llevaba. El señor Juan sólo supo decir:

—¡Buena! ¿Verdad?

Y como llevase el sombrero en la mano, por el calor, y fuese a ponérselo, parecióle que no entraba bien. Y pensó si con la satisfacción del matrimonio le habría empezado a crecer la cabeza.

## V

Celebróse al cabo la boda, que fué en la Paloma, parroquia de los novios, y fueron a festejarla a La China. Salieron tres góndolas llenas de convidados por la ronda de Toledo, y bajaron gritando y cantando por el arroyo de Embajadores. Era una mañana que tenía todas las dulzuras del otoño con todas las alegrías del verano. Una boda manolesca es siempre ruidosa, y contestando a su algazara salían a saludar su paso los habitantes de La Manigua. Hubo quien quiso entre los próceres de la comitiva hacer allí estación, sin temor al *otno negro* de aquellos lugares. Opúsose la mayor parte, y como se trataba de una sociedad democráticamente constituida, el dictámen de las mayorías fué el triunfante. Siguió la caravana. La vega del Manzanares y la arboieda del canal, verdeaban allá abajo, y luego, la campiña que tiene cierto color de rosa en las lejanías por la mañana, se perdía por esa llanura que va a buscar la de la Mancha. Había una diafanidad en el ambiente que todo parecía visto a través del más puro y clarísimo cristal, y vibraba mansamente en el aire una invitación a la vida. Las góndolas seguían entre el vocerío de sus ocupantes. Así pasaron a lo largo de las tapias de la Casa Puerta, cruzaron bajo el puente de la línea férrea, y dieron en el punto de su parada. Y se desparramaron todos los del cortejo. Había tres mantones de Manila, todos sobre mujeres gordas y con grandes solitarios en las orejas, y unos moños muy historiados. Una, era la madre de la novia, que hacía de madrina. Otra, su colega la Cayetana. Y la tercera, la señora Eustasia, la carnicera de la calle de Calatrava, amiga de toda la vida de las otras dos. Las demás convidadas iban luciendo el garbo de sus cuerpos gentiles, ataviadas de seda las unas y de percal las otras. El señor Ignacio era el padrino y andaba agobiado bajo el peso del pedrusco que colgaba de la enorme leontina cruzadora de su chaleco. La novia vestida de raso negro y con gran golpe de azahar en el pecho y en la cabeza, reía las gracias de Antoñito el platero, gracias que hacían reír buenamente también al recién marido.

## VI

Era una blanca noche de luna, y la persiana que caía por encima de los hierros del balcón al modo que en las horas solares, se dibujaba sobre el suelo como una reja de ilusión.

En aquel entresuelo tenían su vivienda los taberneros. Desde el balcón se veía la calle de Toledo con su tráfigo continuo de día y noche. Sentada al lado de la vidriera abierta, Soledad, la tabernera, sustentando la cara con las manos y los codos con las rodillas. En el fondo estaba la alcoba, y allí el señor Juan, el tabernero, hacía números en un cuaderno sobre la enorme cómoda, a

la luz de la bombilla eléctrica. El gabinete estaba a oscuras y la silueta de Soledad se marcaba en una media penumbra, entre el lugar adonde alcanzaba el fulgor lunar y en donde moría la luz de la alcoba, que, velada con espesa tulipa, iluminaba discretamente la alcoba, que era grande, y llegaba apenas, y muy amortiguada, a la contigua habitación. Los amos acababan de subir a su cuarto, que comunicaba con el establecimiento por una escalerilla de hierro, que erguía su espiral en un ángulo de la trastienda.

La taberna, inaugurada a los dos meses de la boda, era tal y como la había soñado el ladino astur cuando dormitaba en las soledades de su viejo tenducho de la calle del Angel.

Estaba en esquina. Tenía sus tres puertas: dos a la calle de Toledo y una a la de la Sierpe.

Muchos traficantes del contorno hacían de la taberna de Juan centro de sus relaciones mercantiles y bolsa de contrataciones. Los chalanes del mercado de ganados, los corredores de granos y semillas, los acarreadores más importantes, los ganaderos de la provincia y los cosecheros y hortelanos de la comarca formaban un público constante, amén de muchos empleados del matadero que allí acudían por recuerdo amistoso al difunto padre de la tabernera. Aquel buen matarife que con un mes de intervalo siguió a su mujer al cementerio. Aquella Bastiana la fiadora, que no pudo sobrevivir al berrinche que padeció al saber el fin del señor Juan, que no tenía sobre qué caerse muerto, y se había llevado a Soledad y su dote. Cuando la fiadora y su marido supieron que aquel testamento de marras había sido no más que una dulce y amena estafa, pensaron que morían, y con tanto afán lo pensaron, que murieron por fin. Y por este mundo pecador quedó el reciente matrimonio, que añadió a los dineros de la dote el considerable refuerzo de la herencia. Entonces pusieron la taberna grande, y unos cuantos meses después de la apertura del establecimiento y ocho después de la boda, era esta noche de luna en que el tabernero hacía cuentas en un cuaderno sobre la cómoda; y Soledad se sentaba a la luna, al lado de la vidriera del balcón.

Era tarde. Sólo algún nocharniego forzoso pasaba a largos pasos por la calle. Un simón quebrantaba el silencio de la noche al correr ruidoso sobre los adoquines. Pasó un rato y se oyó un campanileo de la recua que salía de una posada y echaba calle abajo para buscar la carretera, adelantándose al sol. El señor Juan no levantaba cabeza del cuaderno. La tabernera volvía la mirada de cuando en cuando hacia la alcoba, y al fin dijo mimosa:

—Maridito. No acabas.

—Ya pronto. Tú como eres tan señorita no te ocupas de nada de la casa, y no sabes lo que son estas cosas.

—Ni maldita la falta que me hace.

—Yo aquí trabajando como un perro. *Atao* siempre al mostrador y a los libros. Y todo por quién. ¡Por tí!

—Pues es claro que por mí. Nos ha *aviao* éste ahora. Pues di, tú, si no fuera por mis *jayeres*, de dónde estabas tú aquí...

—Bueno. Bueno. A ver si va a poder ser que mudemos la *conversa*.

Al fin ella, que estaba encogida en la silla, con la postura de la pantera para el salto, se irgió muy dulcemente y avanzó suave y felina hasta la alcoba, y acarició al esposo.

—¿Carantoñas, eh?—dijo él.

—¿No puedo acariciarte?

Y aquel espíritu envolvente y profundamente femenino rindió al hombre. Al lado estaba el inmenso lecho matrimonial. Una cama dorada, muy ancha y bastante alta, cubierta con una colcha de damasco amarillo, que arrastraba hasta el suelo. Juan pasó el brazo por el cuello a su mujer, y ella le apartó dulcemente. El protestó:

—¿Pero?

Y ella:

—Nada. No, señor. Ni tocarme.

—¿Sí? Pues descuida.

El señor Juan se quedó en la taberna, que se llenaba de parroquianos. Soledad almorzó sola. Vistióse luego y se puso el pañueo de crespón por primera vez aquel año. Era a principios de Mayo, y el calor comenzaba. Sin despedirse de su marido, salió por la puerta que daba al portal, pues no le gustaba salir por la taberna, echó a andar calle arriba, casi a salido por persona de cuantas pasaban. Llegó a la plaza de la Cebada, y, al pasar por Naranjeros, preguntó si había ido *la Ruiseñora*, que muchos días, desde primera hora de la tarde, se plantaba en el café. Dijéronla que no, y se determinó a ir hasta su casa, que era cerca de allí, en la Cava Alta, al lado de la posada de San Antonio. En la casa la dijeron que de seguro estaría en la Academia. Y fué hacia la Academia.

Tomó el tranvía hasta la Puerta del Sol, y, una vez allí, subió en el del barrio de Salamanca para que la dejase en la calle del Barquillo.

Muy satisfecha de la expectación que despertaba, comenzó a andar por la calle del Barquillo arriba hacia la Academia de baile y canto, donde debía estar *la Ruiseñora*.

En la calle de Santò Tomé estaba la última chispería que hubo quedado del clásico barrio del Barquillo. Vulcano partióse de ella tiempo hacía, y Terpsícore tenía ahora por suyo el templo. Era una casa de un solo piso y ancho portalón. La única que en aquellos lugares se acordaba de la vieja calle de la Veterinaria, y de la huerta de las Teresas, y de la huerta de las reales monjas de la Visitación, las más opulentas hijas de Santa Juana Francisca Fremiot. Tenía la casa un gran zaguán con el suelo de tierra, y de él se pasaba a un patio empedrado de guijarros. El patio tenía una parra tupida, que le sombreaba, y viejo pozo, en uno de sus ángulos. Ese pozo legendario de los antiguos patios de la España, de los que se dice que a su fondo tiraron dos o tres soldados napoleónicos cuando la francesada. En dos rincones comenzaban dos escalerillas estrechas y sombrías. Y a un lado, cogiendo toda la longitud del patio, y dando sobre él su puerta, que era grande, y una ventana también de gran tamaño, estaba el salón de baile. En otro tiempo fué quizás la fragua, y en su defecto había quedado una vasta sala, por la que se comunicaba con otras dependencias de la casa. Un profesor de baile, *Manoliyo*, vivía en ella, y casi todas las noches reunía allí a los discípulos y a la flamenquería amiga. La música era siempre de cuerda, acudiendo allí muy buenos *tocaores*, y en cosa de cantarines y danzas no había más que pedir.

Aquella tarde tenía allí a *la Ruiseñora*, que había ido en busca de *la Pelele*, la bailaora, para tratar de cosas profesionales; pero dada la diversidad de profesiones que cultivaban aquellos modelos de la actividad femenina, no podía asegurarse a cual de ellas se refería la conferencia. *La Pelele* estaba ya muy gorda y apenas si podía con algún zapateado, de esos zapateados de *tablaos* pesados y sin fin; pero había perdido aquella soltura conque levantaba el entusiasmo del público en los tiempos, cuando no había quien se bailase unos *panaderos* como ella. ¡Oh, pretéritas noches de *El Imparcial*! ¡Cómo se acordaba ella de aquella época de sus quince años en el café de la plaza del Matute.

Entretanto las castañuelas chasqueaban alegres en las manos de *Manoliyo*, que hacía ver un paso difícil a dos discípulas, cuyas gruesas madres presenciaban la clase desde un rincón, y hablaban del porvenir que esperaba a sus retoños por esos escenarios.

Poco después llegó Soledad. Recibiéronla todos cariñosos, y particularmente *la Ruiseñora*, quien le trató de hija, y la sentó entre ella y *la Pelele*.

—¿Vendrá?—preguntó Soledad.

—Le vi a la hora de almorzar, viniendo yo por Puerta de Moros—contestó *la Ruiseñora*—, y me dijo que hasta las seis no podría venir.

—Por casa hace dos días que no va.

—Y hace bien. Si os podéis ver en otro sitio, ¿qué necesidad tenéis de llamar la atención en la taberna?

—Dichosa taberna. ¡No la perderé yo de vista!

—Ni quieras. ¿De qué ibas a vivir entonces?

—¡Ay, quien fuera *golfal*!

—No. Como *golfá* ya lo eres.

—¿Sí? Ojalá. De esas que hoy venden periódicos y mañana flores, y esta noche duermen bajo techo y mañana en el quicio de una puerta. ¿Quién me mandó casarme? Mis padres, y bien cara les costó la boda, que les costó la vida. Digo, ya sabes el timo que nos dió el charrán del asturiano con aquello del testamento. Que era tan cierto como su enfermedad. *Miá que lástima de viruelas*. ¡Hija, me tiene fritá!

En esto se le acercó el amo de la Academia, meneando los palillos y haciendo pasitos coreográficos.

—Vamos, guasonas, que os ha *dao* un pasmo en el rincón. Y ésta, *la Taranta*, ¿qué hace ahí, no se meneá?

Al fin, *la Ruiseñora* se puso a cantar, y con ello y con las condiscípulas que bailaban se animó un poco la sala. Luego hicieron traer horchata y refrescaron. *Manoliyo* se puso entonces a enseñarle el traje de bolero que iba a llevar *la Pingarrona* a una fiesta flamenca que daba aquella noche en el jardín de su hotel la marquesa de Castelpendón, y la chaquetilla curra, de terciopelo carmesí, con alamares, que había de llevar él.

Llegó Angelillo, un chico a quien miraban todos como una esperanza del arte, y que, al decir de los que le oían, había de dejar por bajo de él a los cantadores de fama, y venía quitando moños. Esbelto, flexible, ágil, tenía algo de la sutil elasticidad de los corzos, y hacía en materia de baile de *tablaó* todo lo que se le antojaba con sus pies, como lo hacía con la garganta, que era como una flauta prodigiosa. Antes no iba apenas por la Academia de *Manoliyo*, pero desde que Soledad la frecuentaba, no dejaba pasar un solo día sin acudir. Y su pesadilla la constituía el otro. El otro era Antonio, el platero, que había visto en Soledad una moza de su gusto, y a quien ella, ante el desengaño del matrimonio, se había entregado en cuerpo y alma, como un refugio espiritual, primero, y luego con una locura pasional que la absorbía, que la atenaceaba con garras de hierro. Había jugado alrededor de la zarpa de la fiera, y la zarpa había caído sobre ella y no la soltaba.

Angelillo lo sabía; pero no perdía ocasión de hablar con Soledad. Y frente a ella se animaban sus ojos verdes, que tenían transparencias marinas. Soledad le oía, y sonreía al oírle. La necesidad de ser amada hacía grata para toda plática de galán. Sin embargo, el pensamiento del otro solía vencer en ella sobre todos los demás pensamientos.

Al llegar Antonio, se apartaba Angelillo. Y en el rincón de la Academia de baile tenían Soledad y el platerito su derecho de asilo, y fuera de la acción del mundo, como en los viejos templos, escondían su dulce crimen, no muy grave en sí mismo y completamente admisible en aquel lugar hospitalario. Más de una vez corría un rojo llamear por el moreno rostro de Antonio, y se entornaban los ojos de Soledad, y se juntaban sus manos, y llegaba *Manoliyo* a darles una suave palmadita en el hombro y a decirles por lo bajo: —Que hay gente, niños. Y luego las discípulas...

—Claro, tienen envidia.

Sucedíanse los idilios. A veces, como si sintiesen la necesidad de romper su secreto, salían juntos por la parte de la plaza de las Salesas, y seguían hacia la calle de Génova, y desde allí buscaban el campo. Cuando a la hora de cenar volvía Soledad a la taberna, su marido no se preocupaba de pedirle cuenta del empleo de la tarde. Eso la indignaba más todavía. Y ella pensaba. Casi casi no valía la pena de andarse con tapujos para hacer de menos a aquel hombre.

Un día que Soledad esperó a Antonio en la Puerta de Toledo, hicieron su paseo por la Ronda y bajaron luego por el arroyo de Embajadores hacia el Canal. Aquel itinerario les recordó el día de la boda de ella, cuando bajaban en la góndola metiendo ruido y algazara. Así llegaron a las tapias de la finca abandonada y entraron en ella. Un camino la dividía en dos grandes sembrados, y en el fondo estaba la casa de los colonos. Fueron bien recibidos, y volvieron al siguiente día. Sentábanse bajo la parra o en el portalón del patio. Allí tomaban leche, que ordeñaban para ellos los habitantes de la quinta, y que tenían a Soledad y al platerito por un reciente matrimonio. Como a tal les recibían y agasajaban.

Y luego juntos, enlazados del brazo, emprendían la vuelta a Madrid, y daban un gran rodeo, siguiendo a lo largo de la arboleda del canal, para subir a la glorieta del Puente de Toledo por encima del depósito de cadáveres. Así evitaban el pasar por La Manigua, en cuyos merenderos podían encontrar parroquianos del señor Juan. Pero aquel otro camino que seguían les imponía cierto terror cuando al final de la arboleda, y como un ataúd que traído por la corriente del río se hubiese detenido entre los jarales de la orilla, advertían cerca de ellos aquella siniestra casa de los muertos. Y se apretaban el uno contra el otro, y temblaban, sin atreverse a hablar, ni a mirarse siquiera. Luego, cuando llegaban al paseo de las Yserías, respiraban fuerte, clavaban mutuamente sus ojos, y sonreían. Era como si despertasen después de una pesadilla.

Una tarde, dos horas antes de la que tenían para su cita, se presentó Soledad en la calle del Humilladero en casa de Antonio. Tuvo la suerte de que el padre estuviese fuera, y el platerito trabajaba solo en aquel momento. Sobre la mesa del taller ardía el candilón, y Antonio fundía, con el soplete, un pedazo de oro que parecía una ampolla de fuego en el alvéolo del carbón de pino. Al lado, la jibia, tributo del mar a los artifices de la tierra, guardaba el molde que había de dar forma a la sortija.

Soledad hubo de esperarse a que Antonio concluyese su trabajo, para que consintiese en salir. Al fin, se lavó, se arregló, y siguieron por su calle adelante, para bajar por la de la Paloma y salir por la de la Ventosa frente al matadero. Esto lo hacían para evitar la calle de Toledo; pero era demasiado conocida Soledad por aquellos barrios para que su paso por allí con el platero pasase desapercibido. Así fué el acontecimiento de la tarde, y en los patios, y en las tertulias de las puertas, todas las lenguas tuvieron que hacer con el suceso. Y todos los ingenios de aquella corte dedicaron sus epigramas al señor Juan, modelo de tranquilidad conyugal, y tan poco celoso de las vanidades de la tierra, que para él no había más afecto ni más nada que el cajón de su mostrador.

Soledad había notado el efecto de su tránsito, y se lo dijo a Antonio:

—Anda que lo que es a las *cotillas* ya las dejamos tela.

Antonio la miró sonriendo, con una sonrisa pícaro y socarrona, y nada la

dijo Siguieron andando, andando y llegaron a la Casa-Puerta. Y allí, junto a la fuente de mármol que florecía nardos, florecieron ellos también las rosas de su amor.

Cuando salían de la quinta, pasaba un tren por el puente de hierro que hay allí cerca. Soledad sintió un enorme deseo de huir, de no volver jamás a su casa, a aquella casa odiada. Y conforme subían hacia Madrid, al ver cerca de ellos la estación de las Delicias, y allá, un poco más lejos, la del Mediodía, y oyendo sus ruidos, sus silbidos y su movimiento de maniobras, creció en ella el impulso de la huida, y agarrándose bien al brazo de Antonio, y mirándole muy fija, se atrevió a decirle:

—Antonio, yo quiero que nos marchemos de Madrid.

—¡Pero mujer!

—Sí, sí. Contigo.

—Un viaje, mujer, no es como un paseo por las tardes. ¿Y yo? ¿Y mi casa? ¿Y mi padre?

—Cobarde. Más que cobarde. No eres hombre. Ni me quieres. Ni nada.

Y ella clavaba en él sus ojos con una mezcla tal de ruego y de ternura, y fuego de ira, que él se sentía débil, y poseído por aquella mujer que se le entregaba para arrastrarle luego, nadie sabía adónde. Los dos hicieron un silencio, se miraron muy fijos, y luego miraron vagamente delante de ellos. Entre la tiniebla divisaban la enorme llama que surge de la caldera de la fábrica del gas, con un fulgor de infierno.

—¿Y adónde iríamos?—dijo de pronto Antonio.

—Debíamos irnos muy lejos.

—Nos iríamos á Sevilla. ¿No te parece?—continuó diciendo él.

—No. Mira, a Sevilla, no. Más lejos.

—A Cádiz entonces. Allí, al lado del mar. Y que hoy en San Fernando, y mañana en Jerez, y al otro en Sanlúcar, y así. Pues no te creas tú que se estaría mal.

—Podríamos trabajar: tú, en tu oficio; yo, en el mío. Yo bordo y hago encaje. Y de allí se va a América, ¿verdad?

—Sí, de allí se va a América. Claro. Eso está más lejos.

—¿Y si nos fuésemos allá? Entonces sí que se fastidiaba el asturiano. No me volvía a ver.

—Pero si la taberna es tuya, después de todo.

—Claro que lo es. A ver si no con qué dinero se ha puesto. Pero anda, que se le regaló por el gusto de no vivir con él. Pues sí; debíamos marcharnos a América. No te creas que me iba a ir descalza, que tengo para que lleguemos allí muy a gusto.

—¡A América... No te creas que es mala idea!

En tales pensamientos andaban cuando llegaron a Madrid. Se despidieron, y determinaron que al siguiente día hubiesen de concretar sus proyectos. Los dos pasaron la noche dando vueitas a aquella idea. Cuando a la otra tarde se vieron, resultaron más decididos aún que en el día anterior...

—Toda la noche me la tengo pasada con mis cavilaciones del viaje—decía ella.

—Y no te creas, que yo también me he *cavilao* lo mío—decía él.

—Sí. Hace falta que sea muy lejos adonde nos vayamos. A América tien que ser. A América.

—Oye, ¿y sabes dónde se está la mar de bien en este tiempo?

—A ver. ¿En dónde?

—En Aranjuez.

—Sí. Pero eso no está bastante lejos.

—¡Y qué tiene que ver! Pero está camino de América.

—Claro, si está camino de Cádiz. Pues mira, no me parece mal del todo

**Verás, verás qué felices vamos a ser.**



Antonio habló aquella noche a su padre de unos negocios que le llamaban fuera, y le comunicó su intención de marcharse al día siguiente. No era la primera vez que los negocios le obligaban a salir de Madrid, y el padre se lo creyó buenamente. Soledad corrió a casa de *la Ruiseñora* para comunicarle sus proyectos y despedirse de ella.

—Ya sé yo quien va a tener su penita cuando sepa que te has *marchao*.

—Que se la sufra el que sea. Yo también me paso las mías y me las callo.

—Me estoy acordando de *Angeliyo*.

—Y yo quisiera no acordarme de nadie.

Ya estaba en pie Soledad para marcharse, cuando se oyó vibrar una copla lindamente cantada; las dos mujeres escucharon:

Esta gitana está loca,  
pero loca *rematá*,

Y el cántico se arrastraba con una grande y bella melancolía:

que lo que de noche sueña,  
que lo que de noche susna,  
quiere que sea *verdá*.

—¡*Sole*, ahí le tienes!

—¿A quién?

—A *Angeliyo*, ¿no le oyes?

.....

En la puerta de la escalera se encontraron Soledad que salía y Angelillo que entraba. No cambiaron más que un adiós como buenos amigos. Cuando Soledad llegó a la esquina de la Cava Alta y la plaza de la Cebada volvió la cabeza y vió en el balcón a los dos *cantaos* que la saludaban con la mano.

Al otro día, por la mañana, fué Soledad al Monte y sacó algún dinero que en él tenía. No quiso almorzar con su marido, y se enteró de que por la tarde tenía Juan que llegarse al fielato de la carretera de Aragón, donde había un lío de Consumos sobre cierto carro con pellejos que se le destinaban. Cuando ella supo que le obligaba un paseo tan largo, se alegró, aunque de todos modos estaba dispuesta a afrontar la situación fuese como fuese. Pero subióse a sus habitaciones de arriba, y aderezó un baúl con lo que quiso meter, y la cupieron tres trajes y un par de mantones de Manila. Cuando lo tuvo todo dispuesto, escribió unas letras a Juan explicándole su resolución. Hizo subir al chico, y le obligó a bajar el baúl saliendo por la puerta de la escalera de la casa. Una vez en el portal, le mandó a buscar un coche, que no tardó en llegar, y cargando el equipaje y dejando una espléndida propina al chico, que ignoraba la licitud o ilicitud de aquel viaje, echó a andar la manuela en busca de Antonio, no sin alguna extrañeza de la portera y algún comentario vecinal.

Y Soledad seguía en el coche por la Ronda adelante, ufana, alegre, liberada.

Así que Soledad vióse con Antoñito dentro del vagón, creyó en el fondo de su alma que no era ya Madrid, era el mundo lo que dejaba para siempre. El la miró, ella le miró a él, y hubo de parecerla que por los ojos de su amante podía perderse mucho más lejos que por las tierras y los mares. Iban solos en el departamento, porque en el tren de aquella hora, y no siendo día de fiesta ni vispera tampoco, no había temor de expedición a aquel Real Sitio que ellos habían escogido para enclavar el trono en el reinado de su amor.

El se sonreía. La cogió una mano y se apoyó en su hombro.

—Anda, *nincha*, que ya estarás contenta—la dijo.

—¿Y tú, chaval? A ver si no lo estás.

—Anda, que esta noche en tu casa...

—¿Quién? ¿El *del Cuerno*? Tú crees que cuando vuelva y vea que me he *marchao* lo va a sentir. No conoces tú al asturiano. Cuando lloraría el muy ladrón sería si se le hubiese *marchao* el negocio. Por mí no tiene pena.

—Ya inventará algún pretexto por el bien parecer.

\*  
\*  
\*

Mansa y apacible tarde era aquella en que Antoñito y Soledad llegaron al Real Sitio. Obscurecía ya, y se tranquilizaron al no ver en el andén de la estación ninguna cara conocida de Madrid. Soledad hizo buscar su baúl, que junto con una maletilla del platero era todo el equipaje de la parejita, y en vista de que la noche se les venía encima, determinaron guarecerse por el pronto en la fonda, dejando para el siguiente día la resolución del asunto de su vivienda futura.

Se levantaron de mañana, y su primer cuidado fué buscar el que había de ser su nido y su escondite. Las calles anchas y tiradas a cordel de aquella villa que hizo Grimaldi a la holandesa, no eran ciertamente tan propicias para ocultarse como las callejas estrechas y sinuosas de las viejas ciudades de la España morisca, donde puede disimularse una vivienda como se disimula un nido de golondrinas entre los capiteles de una portada románica, o bajo el alero de un convento medievo. Al fin, la parejita amante vió en un comercio el cartelito manuscrito anunciador de dos habitaciones que se alquilaban. Informáronse, y acudieron adonde les indicaron en la tienda. Se trataba de un pisito bajo situado en la calle del Almbar. Una buena viejecilla, viuda de un antiguo empleado del patrimonio, alquilaba la sala de su casa, reservándose para ella las habitaciones interiores, que sobran para sus escasos menesteres.

La vieja les recibió sonriente como se recibe toda visita productiva. Arreglóse los papillotes con que rizaba su blanco pelo, antigua coquetería que no había abandonado y era la única que conservaba, y muy despacito, porque andaba torpemente, introdujoles en la habitación que se alquilaba.

—Pues esta es—les dijo, abriendo las maderas de las ventanas—, esta es.

Hicieron el trato, pagando una mensualidad adelantada por la habitación nada más, siendo de su cuenta la comida que proyectaron hacerse llevar de la fonda o del café, no atreviéndose a prodigar su presencia en los establecimientos de la población, donde pudieran tropezarse con gente de Madrid.

Al fin quedó por suyo el aposento aquel, que era ancho y largo, con toda aquella holgura de las estancias del siglo XVIII. En los huecos de las ventanas había poyos de azulejos aprovechando el espesor del muro. La decoración del cuarto, no era muy complicada. Tenía una mesa maciza de nogal arrimada a la pared, y sobre ella, colgada, una cornucopia escasa de adornos en el marco y de limpieza en el cristal. Había en las paredes dos grandes grabados en colores, que representaban episodios de la vida de Genoveva de Brabante, y un cuadrito de cañamazo bordado representando un perro de lanas, figurados los cascabeles del collar con unas lentejuelas, y debajo medio abecedario, la dedicatoria, y la fecha. Las ventanas tenían unas cortinas de muselina que fueron blancas en su día, y el tiempo había vuelto amarillentas. Cubría el pavimento una estera de fina paja, y no había otros muebles que un tocador desvencijado que servía de lavabo, una mecedora vetusta, un canapé de Vitoria, y un par de sillas más.

Por la tarde quedaron ya instalados, y aquella tarde misma Antónito, que había salido un momento no más, había estado fuera lo suficiente para poder tener una mala noticia:

—¿Sabes a quién he visto al pasar por la plaza?

—¡Ay!, dílo pronto. ¿A quién?

—A la *Perdigona*. La de Naranjeros. La que habla con *el Corzo*.

—Habrá venido al café de cante. La *Ruiseñora* me dijo que hay uno aquí.

—Sí. Pero ya sabes que su hombre es parroquia de tu casa.

—Y esa no sabe callar lo suyo conque para que calle lo ajeno. Se *chiva* en seguida.

Ai otro día, muy de mañana, fuéronse a los jardines. Y gustaron de perderse entre sus calles como los pájaros entre sus ramajes profusos. Andaban, y andaban como los peregrinos de ideal que hay en los cuentos de hadas. Pero Soledad, en medio de aquel aislamiento de encanto, sintió que se apoderaba de ella una vaga preocupación. Tenemos dinero y alhajas, se decía. Pero ¿y cuando se nos acabe? Aquel cuidado por el porvenir la inquietaba un momento nada más. Si acaso trabajaremos, pensaba, prefiriendo vivir de sus manos a ir a disfrutar de lo suyo en su propia casa. Y en seguida el triunfo de la mañana jocunda y esplendente la volvía a la dulzura de aquel momento. Ella era de suyo lo suficientemente filósofa para vivir la vida en presente y saberla vivir luego en pretérito, evitándose el dolor de los que, a fuerza de precavidos, quieren vivirla tan en futuro que no la disfrutan en época ninguna.

Soledad sintióse dichosa enormemente cuando, al encerrarse luego en su cuarto de la calle del Almíbar, cerró los ojos, y el solo recuerdo de aquellos dos días transcurridos fué para ella el más intenso y bello de sus sueños. Parecía que había pasado un siglo desde que abandonó su casa. Llegaba al éxtasis cuando quedaba sola, y, tendida indolentemente en la mecedora unas veces y otras en la cama, gozaba la suprema delicia de un nirvana. No había consen-

tido en leer periodicos, y para que su aislamiento fuese mayor, solía tener cerradas las maderas de las ventanas de su cuarto. Antonio salía, pero no hacía largas las ausencias. Aquella noche, sintiéndose grandes señores más que nunca, determinaron irse a cenar al comedor de rosas que tiene en su jardín la fonda que ocupa el viejo palacio del Príncipe de la Paz. Efectivamente, siendo la noche de un día de trabajo y en tal lugar, no era fácil que fuesen descubiertos por gente de su mundo.

Había un automóvil a la puerta de la fonda, y en el jardín que servía de comedor al aire libre cenaban los señores del automóvil. Una *cocotte* y dos señoritos de rostro inexpresivo y poco inteligente. En otra mesa había una familia, al parecer decente, que siempre es arriesgado esto de las afirmaciones, y más allá dos viejas damas acompañadas de un mayordomo que las servía de rodrigón, una orquesta de guitarras y bandurrias se oía detrás de una pared florida

## XV

Cuando después de su banquete se encaminó hacia el pueblo la pareja galante, decidieron entrar rectamente por la calle de Stuart, abandonando todo temor de tropiezo en vista de la escasa gente que transitaba. El cielo continuaba cubierto, y un trueno lejano desenvolvió su fragor. Algunas gotas de lluvia de la nube primaveral cayeron ténues. Los amantes pensaron en guarecerse; pero a aquella hora, cerrados los portales y los comercios, no había esperanza próxima de abrigo. Sólo al final, cerca ya de la plaza, advertíase luz en la planta baja de una de las casas de la derecha.

—Vamos hacia allí—dijo Soledad señalando al sitio luminoso.—Puede que tengamos donde meternos si llega el chaparrón.

—¿Allí? ¿Por qué?—contestó Antonio.—Vamos quita. Si es el café de cante.

—Bueno, ¿y qué?

—Hombre que no me parece...

—¿Es que no quieres ir?

—Es que vamos *pa* casa.

—A ver si es que...

—He dicho que a casa. Que llueve.

Y llovía en efecto. Un aguacero que comenzaba y amenazaba formalizarse. Ella se resignó, no sin quedarse inquieta y descontenta. No tardaron en llegar a su nido. Y de alegres y decidores como estaban durante la cena, habíanse vuelto callados y sombríos como si la lluvia hubiese caído también en sus almas. Ni una palabra hablaron. El abrió un momento la madera de la ventana para observar si llovía mucho, y la cerró en seguida. Ella arrojóse sobre la mecedora, y balanceándose lentamente se puso a contemplar el techo.

¿Hay augurios? ¿Presentimientos? Sí, yo creo en ellos firmemente. La Fatalidad, ninfa ciega, compañera del Destino, tiene a veces una clemencia con las criaturas, la de hacerles vislumbrar algo de su inmediato porvenir. Como ella es hembra, suele ser más franca con las mujeres que con los hombres, y por eso las mujeres que están dotadas de una sensibilidad exquisita tienen generalmente don de clarividencia. Soledad, instintivamente, dirigió de pronto sus miradas a Antonio, y Antonio, mirándola fijamente también, pronunció las primeras palabras que se dirigían desde el regreso a su habitación.

—Bueno. ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Te estás poniendo tonta?

Ella, que había ya juzgado los tres días transcurridos como un siglo, comprendió lo tremendo de aquella existencia, donde temió que acaso alguno de los dos jugaba a querer, y estaba expuesto a cansarse de su juego. El hastío, el

tedio, cualquiera de esas nubes grises que se extienden sobre la vida aplanándola y marchitándola, son enemigos crueles del amor que prefiere la violencia y la sangre misma, a la tristeza fría y enorme de un bostezo que se prolonga.

Cuando llevaban algún tiempo acostados, ella, cautelosamente, encendió luz y se levantó. El despertóse en el momento en que ella introducía las manos en el bolsillo de la americana.

—Pero ¿qué estás haciendo?

Ella, al verse sorprendida, no supo qué decir, y él se adelantó a la respuesta.

—¿Y qué vas a mirar? ¿Vamos a ver? ¿Eso que tocas? Pues es una carta de mi padre.

Ella se atrevió al fin a contestar:

—Es la que vas a recoger todas las mañanas cuando te marchas solo.

—Pues es claro que sí. A la lista de Correos. A ver si te ibas tú a creer que vamos a estar sin escribirnos.

—Es que hay tres o cuatro cartas.

—Las que haya. ¡Pues a ver! Suelta esa americana... Que la sueltas, te digo... ¿Quieres que me levante?

—No. No quiero que te levantes, ni quiero acostarme yo.

Soledad se había echado una falda, y cubriéndose con el mantón se dirigió al sofá.

—Pues me voy a tener que levantar para traerte aquí, a la fuerza—la dijo él.

Y ella:

—Bueno, Antonio. Te quiero demasiado para desperdiciar el tiempo que pueda estar a tu lado.

—Y yo también te quiero, mujer. Anda, ven. Que tendrás frío.

Ella volvió, y cuando se hizo nuevamente la tiniebla, el rumor de la lluvia había cesado ya. Cerca, victorioso y triunfal, se oyó el canto de un gallo, nuncio primero de la próxima aurora.

## XVI

Fuera de los madrileños del Rastro y del Bastero, no serán muchos los que conozcan la calle de Chopá; y los que acaso conocieren su nombre, tal vez no pasaran jamás por ella, ni supieron dónde se halla. Es un angosto paso que hay entre la de Santa Ana y la de Mira el Río Alta. Tan estrecha, que una bicicleta sería el único vehículo que podría pasar por ella si su empedrado no fuera tan adverso a los neumáticos como a las plantas de los pies. Teófilo Gautier dijo que el piso de Madrid estaba hecho con bocas de perro que mordían, y en muchas calles de la vieja ciudad ese pavimento existe y muerde todavía.

Las casas escasas de esta calle fueran un fondo delicioso para un cuadro de Zuloaga. Tal su carácter pintoresco. Son casas ruines y mezquinas, arcas guardadoras de una tradición de impudor. Un balconcillo bizco de cristales verdosos, que parecen pupilas nubosas de vicio y de miseria. Un tragaluz de reja carcelaria, que archiva el polvo de dos siglos, y la puertecilla estrecha donde hay una portezuela de madera y una cortina de lienzo que si tuviese de fino lo que no tiene de limpio sería de la más purísima holandesa.

La nieta de la Cariharta y la nieta de la Gananciosa sueltan al sol el columpio de sus liendres. El nieto de Maniferro y el nieto de Chiquiznaque sestean al sol. Un sol de maravilla que se extiende como una bendición de luz sobre los muros jaharraños. Las dos picaras canturrean el monorrítmico de una canción canalla, siempre igual. Al sol se estiran dos buenos perros legañosos y fiácidos que tuvieron sus asentrales en el hospital de la Resurrección que estaba

en la ciudad de Valladolid, fuera de la Puerta del Campo. Y al sol, que corre haciendo sortilegios de cambiantes sobre su lomo, se enarca un gato rubio. El gato que preside las truhanerías y los misterios.

Aquí donde la briba ha dado sus viviendas a la la gallofa, hubo en otro tiempo una huerta. La huerta de Chopa. Era una huerta de esmeralda, bordeada de álamos yertos y copudos. Tenía un estanque espejo de los sauces, y entre los sauces chirriaba la noria.

Los álamos cabeceaban al halago de la brisa, y a su soplo ténue y suave las ramas de los sauces besaban mansamente los cristales del agua.

A las vésperas horas en que el sol se disponía a morir sobre un lecho de púrpura, dos muchachos jugaban juntos en la huerta. Otras veces, los rapaces, muy estudiosicos, leían juntos libros de humanidades. Llamábase el uno Rodrigo, y era hijo de *el Chopa* y heredero de su apodo. Llamábase el otro Miguel, y era el mejor amigo y condiscípulo de Rodrigo. Trafan los dos unos balandranes de paño segoviano, y que eran entre hábito de estudiante y ropón de monacillo, y así daban muestra del ambiguo aspecto de los chicos, que juntos acudían a los Estudios de la Villa, a la Cátedra donde brillaron Francisco de Gomara, el maestro Cedillo, Alejo de Venegas y el licenciado Jerónimo de Ramiro, y luego el licenciado Francisco del Bayo, hasta que después de oposición entre el maestro Juan López de Hoyos y Hernando de Arce, ocupó la Cátedra de Humanidades el primero, en 19 de Enero de 1568, con un haber de dos mil quinientos maravedises, ampliados luego hasta tres mil, con dos reales más por mes por estudiante, la casa para su morada y un caíz anual de trigo que le daba la villa de Madrid por sus desvelos. No se diga que no era canongía la Cátedra.

Aquellos muchachos, Rodrigo y Miguel, eran también niños de coro en la capilla del obispo, la que don Gutierre de Vargas y Carvajal, del esclarecido linaje madrileño de Vargas el averiguador, y obispo de Plasencia, había alzado y subsiste contigua a la iglesia de San Andrés, y sobre el lugar donde estuvo el palacio de Ruy González de Clavijo. Aquel fabuloso poeta y magnate, madrileño también, que fué a llevar, en embajada solemnísima, al gran Tamerlán las buenas voluntades del rey don Enrique el Tercero de Castilla.

Rodrigo de Guevara, que este era el apellido del joven *Chopa*, era cantor en la capilla de don Gutierre. Su amigo Miguel, por divertimento unas veces, por aburrimiento otras, y siempre por no separarse de su mejor amigo, vestía algunas veces el ropón encarnado y cantaba en las ceremonias.

Un día, Rodrigo adoleció de unas graves viruelas, y allá se le llevaron, al hospital de San Lázaro. Su amigo fué entonces la única compañía que tuvo; mas por la misma afición con que se le había prendido se desesperaba de verle siempre junto a sí, sin temor al contagio del mal. Y le decía:

—No te acerques a mí, Miguel, pues hanse de ir a ti mis viruelas.

Y Miguel le contestaba:

—Pobre soy como tú. En este hospital estaremos.

El joven *Chopa* salió de aquella arremetida; pero tan débil y enteco, que no fué muralla para los embates de la vida. No sabe él lo que ganó. Su amigo Miguel, que tenía por apellido Cervantes, y el ser un alma buena, mansa y clara, como un arroyo limpio y silencioso que corría en su nacimiento a la par de un raudal que se trocaría en un torrente.

Rodrigo también se ha perpetuado. En el sepulcro del obispo don Gutierre, que mandó labrar el capellán Barragán, y que es la única bella obra de arte antiguo que queda en Madrid, y desconocida de casi todos, allí, junto a la estatua orante del prelado, está la cabecita enfermita de Rodrigo de Guevara llena de melancolía suavísima, con la intensa y suprema lividez del alabastro.

La calle de Santa Ana, donde comienza la de Chopa, es la más importante de aquel lugar. Va paralela a la de Toledo, y naciendo en la de la Ruda termina en la del Bastero. Liégase a ella también por la de las Velas, otra de las más características e interesantes, con sus peculiarísimos bodegones, antros oscuros que piden el pincel de Alenza. En la de Santa Ana estaba el bodegón de *el Barbas*, cuyos bancos moqueños pudieron ser trono para Chopin Troni-

Ileson, y cuyos cubiertos meliados estaban sujetos a las mesas con una fuerte cadena. Por el otro lado de la calle de Chopa se llega a la de Mira el Río Alta, otra calle que conserva su viejo carácter y sus viejas construcciones, y es una de las laderas del cerrillo del Rastro, de perdurable fama, limitado por la calle de su nombre, y la del Peñón, que baja hasta la del Carrero como el cauce de un torrente, y la de las Amazonas, pintoresca solana, que abre sobre el comienzo de la Ribera de Curtidores.

En la calle de Mira el Río Alta, frente por frente de la calle de Mira el Río Baja, vivía María de la Cruz, nacida en la contigua calle de Chopa y gala principalísima de aquellos contornos. Su nombre de pila había desaparecido ante la gloria de su apodo. Era *la Perdigona* moza garrida, de jácara y plantío. Lo que se hereda no se hurta, aunque su ilustre señor padre hubiese hurtado todo cuanto podía dejarla en herencia, salvo el honrado nombre. Ella disfrutaba el honor de ser la hija de *el Perdigón*, y así podía honrarse con su apodo, que la venía de casta, como muchas de sus virtudes. Educación no hubo de faltarla, Dios sea loado, que el noble ladrón era un padrazo enorme así que pisaba su hogar dulce y tranquilo; y la madre prefirió cuidarse sólo de ella, aunque la edad y la experiencia pudieran todavía mantener al servicio del amor y provecho propio sus adiestrados oficios de tercera y preparadora, que pocas había que la disputaran la borla en tan importante facultad.

*El Perdigón*, solcito y laborioso, atendía pródicamente las necesidades de su casa. Para su hija los mejores trajes y las mejores galas. No había diversión ni fiesta donde no las diera buen lugar. No las faltaba su delantera de grada en los toros, ni sus continuos paseos en manuela siempre que salían. Cuando un *buen negocio* había sido rematado por el éxito, seguía inmediatamente un festín familiar en La Bombilla, si era verano, y si tiempo inclemente para comer al aire libre, iban a solazarse a casa de Botín unas veces y otras a la rinconada del Pasadizo de San Ginés. La vieja *Perdigona* estaba en el secreto de quién condimentaba las mejores judías y los mejores callos, y tenía en su memoria un catálogo de las más distinguidas figuras del arte guisandero en todas sus categorías. Desde los especialistas de los colmados céntricos de Madrid, hasta quien hacía mejor una caracolada en Amaniel, asaba una pierna de carnero en las Ventas o revolvió un conejo con arroz en el Puente de Vallecas, y tostaba una chuleta en el camino de Extremadura, hasta qué gallinejera de la Ronda poseía un tino especial para freír ubres de vaca en el hediondo sebo.

*El Perdigón* tenía sus principales antros de oficinas en las tabernas cercanas a la Puerta del Sol. Las del comienzo de la calle de Alcalá, al lado del Colonial la una, y del Hotel de París la otra; las del principio de la calle de la Montera, y de la de Carretas y algunas de Pontejos y de las calles de Correos y de la Paz. En esas donde el policía alterna con el timador, el carterista y el estafador de buen aspecto. Los brutales suelen reunirse en tabernas apartadas; los distinguidos, en las céntricas. Ellos tienen la Puerta del Sol para toda clase de víctimas, y la Plaza Mayor para los forasteros rurales. Son los que actúan también en las estaciones y acechan la calle de Postas con aire negligente para recoger a los huéspedes de las posadas, desde los que se albergan en la del Peine hasta los de la última posada de la Cava; lo mismo que están dispuestos a recibir al extranjero de los hoteles de las calles elegantes del centro. Tienen a gala el ser artistas de lo suyo. Y a fe que no habrá quien les dispute el ingenio ni les considere con cierto regocijo al verles coger alondras estrelladas contra el espejuelo de una burda codicia. Gloria inmortal de Monipodio y de los caballeros del estafón que tuvieron la honra de recibir a Pablillos entre los de su orden. ¡Ello está en la sangre de la raza!

*El Perdigón* tenía a gala no haber causado jamás en su larga carrera un daño físico.—Hay que saber sacar una cartera de un bolsillo—decía—, pero *sin hemorragia*. Una vez, sin embargo, le llegó la negra, y no por su culpa ciertamente. Cierta noche, a la puerta de Eslava, aprovechando las aperturas del público que salía del teatro y la obscuridad del callejón había dado un golpe. González, el policía, que lo había visto, fué con él al hueco de un portal

en una calle inmediata, porque de cierta participación que *el Perdigón* le daba en sus asuntos dependía que él hiciese o dejase de hacer la vista gorda. Llegaron al escondite, y la ira del policía fué mayor que la decepción del otro. La cartera estaba vacía.

—Otra cartera *blanca*. ¡Parece que te estrellas! Hace unos días que todas te salen igual.

—A ver si se va usted a creer que lo hago aposta.

—Yo lo que quiero es *pasta*.

Agrióse la cosa. *El Perdigón* quiso hablar alto, y como siempre se rompe la sogá por lo más delgado, González acabó haciéndole ir a pasarse quince días tomando los saludables aires de la Moncloa.

## XVII

No tardó en haber un asunto importante en el que había intervenido *el Perdigón*. Y una tarde, en la calle de Toledo, al bajar del tranvía de la Fuentecilla, le detuvo González. La Prensa y las autoridades elogiaron el celo y la actividad del polizonte, y como la cosa era seria, *el Perdigón*, que era uno de los complicados, no fué a pasar la acostumbrada quincena, ya para él sin importancia, sino que tuvo que ir, mal de su grado, a visitar al juez de guardia y a entendedérselas con escribanos, gente a quien él despreciaba profundamente, diciendo que los curiales eran como mecánicos y él como artista en el oficio, y que, aunque en el fondo iban a lo mismo, aún había clases y no valía confundir.

Ello fué que le salió la broma por una temporada de cinco años de descanso en el retiro de Ocaña. La justicia le tenía ganas, y en cuanto pudo quiso aprovecharse. Las *Perdigonas* quedaron en su cuartito de Madrid con el natural quebranto, porque aun cuando tenían reservas metálicas para un buen pasar, les amenazaba la mala, por aquello de que «de donde sacan y no pon, presto llegan al hondón», y había que atender a la comodidad del ausente, pues aunque la vieja *Perdigona* tenía sus habilidades de *mechera*, y entraba a comprar un pañuelo y se salía con medio comercio debajo de la ropa, no podía sostener la casa con el lustre y esplendor que el jefe insigne de ella. Además, la vieja era buena madre y quería velar por la chica, que bien lo merecía el noble vástago que el Señor fué servido de concederles para orgullo de su preclara dinastía.

Por un fenómeno moral, los padres cuidaron, mientras pudieron, que la chica no se percatara del oficio que les sustentaba. Así procuraban que no se reuniera a jugar con las chicas de la vecindad, muchas de las cuales eran ya apartadas por sus familias del trato y roce con la *Perdigoncilla*. Dieciséis años tenía ya la chica cuando le ocurrió el tropiezo a su señor padre. Ello fué que hubo un día en que la madre y ella convinieron en que no era cosa de seguir viviendo a lo grande, sin hacer nada por el santo advenimiento de los garbanzos. Y que de nada servía que fuesen aliviando sus orejas del peso de los solitarios y las muñecas del de las pulseras si no había luego con qué rescatarlas del poder de los infieles, ya que no era redención que se arreglase con oraciones a San Juan de Mata y a San Pedro Nolasco, grandes rescatadores de infieles.

La madre y la hija tenían consejos para decidir un oficio.

—¿Peinadora? ¿Qué te parece eso de peinadora?

—¡Ay, hija, ni pensarlo! Va a estar una como un azacán, gastando en botas lo que se pierde en tenacillas. Tapando calvas y viendo caras raras y sacando trenzas de donde no las hay. Y hasta, hasta..., porque hay cada guarra...

—Bueno, ¿pues planchadora? ¿Qué te parece un buen taller?

—¡Uy, quita, que abrazal! Vaya un oficio para verano.



—Oye, ¿y costurera?

—¡Quiá! Que se acribillan los dedos.

—¡Pues hija!

—¡Pues madre!

—¡Pues eras tú buena para haberte *criao* como se ha *criao* tu madre, en la tabla de tu abuelo, allí, en la plaza de San Miguel, con todo el frío de las *madrugás* y a vueltas con el cuchillo y con el tajo. Si es que estas niñas de ahora sois unas menflis giligaitas que no sé de dónde habéis salido. Si estoy *extasiá!*

—¡Pues que *quieusté*, madre!

—Que si te has *figurao* que vas a ir toda tu vida en coche.

—¡Ni que fuera la Cibeles!

Y los consejos unas veces acababan bien, y otras no acababan con toda la necesaria armonía familiar.

Cartas del padre, desde el penal, predicaban a la chica la conveniencia de que eligiese manera de vivir, y a ser posible honrada. Ella, que se pasaba el día cantando, creyó encontrar, por fin, su buen camino. No faltaba vecina que la halagase, y la dijera: «Pero si no hay Dios que no se quede *embobao* cuando esta criatura abre el pico. Si esto es la gloria cantándose los tientos...»

Y la *Perdigona* fué cantaora, y para completarse, aprendió a bailar. Y pasó también por aquella academia de Manolillo, por donde había pasado la nata y flor del género. Allí, algunas veces, había visto a Soledad con Antonio. Allí, Angelillo el cantaor, había hecho pareja con ella muchas veces, y allí, la *Ruiseñora* había sido también su amiga. Unos no conocían su linaje, y otros sí. Pero no era gente que concediese importancia ninguna a tales menudencias.

Iba la chica para el cante, y acabó en el baile, que era más socorrido y menos expuesto que jugar con la garganta. Artista era ya de marca y nota cuando vió enfermar a su madre. Y pasó por el dolor, tan común en los artistas, de tener que alegrarse con la algaraza de un tango y de un bolero, mientras la vieja *Perdigona* quedaba esperando, quizá, la hora de la muerte. No faltaron vecinas que la cuidasen, y precisamente aquellas que peores ausencias hicieron siempre de ella. Todas las noches, cuando volvía a su casa la hija, miraba instintivamente al balcón, como si la luz tras los cristales hubiese de avanzarla nuevas. Al fin, estaba escrito que en aquellas ausencias forzosas tenía que ser; cuando volvió, encontró muerta a su madre. Pensó en su padre un momento. Luego pensó en sí misma.

Al día siguiente, porque aquella noche no pensó en nada, dudó cómo daría a su padre la noticia. Sabía el gran cariño que siempre se habían tenido y cómo la difunta dejó su familia trabajadora para compartir la vida azarosa del *Perdigón*, y consideró que sólo en aquella ocasión podía el preso sentir sobre sí todo el peso del presidio cuando supiese que no había podido abrazar últimamente a su compañera que moría.

Al fin decidióse a llevarle ella misma la noticia, porque se apoderó de ella un infinito deseo de verle. La existencia del café de cante en Aranjuez la alegró un tanto, y deseó estar en él, mejor que en Madrid, y eso que tenía un buen sitio en el cuadro de la Marina, porque así podría hasta ver a su padre todos los días si quisiera, y cumplir por las noches con su oficio, aprovechando la buena temporada.

Arregló sus cosas, y una mañana tomó el tren y llegó a Ocaña. La vista de aquella tierra seca, perdiéndose en una gran llanura parda, la dió grandes ganas de llorar, y un desconsuelo infinito pesó sobre ella. Sola, echó a andar hacia el pueblo, que está un poco distante de la estación. Entró en él, y aquellos antiguos caserones con muchas rejas la daban miedo. Todo allí se la antojaba cárcel, y tenía un miedo horrible a preguntar por el presidio. Anduvo y reanduvo, como queriendo adivinarle. Y como llegase a una plaza que tiene de un lado una iglesia y del otro un palacio, y en el centro algunos árboles pequeños, determinóse a preguntar, con tanta angustia como si fuesen suyos todos los crimenes que se pagan en el penal, ¿El presidio? La contestaron: Está usted junto a él. Y se le señalaron. Ella llegóse a la puerta y sintió un gran escalofrío al contemplar la reja custodiada.

Quién dijera que aquella casa baja, patriarcal y tranquila, y aquella larga tapia conventual sirven para esconder tanto dolor. En el fondo del zaguán hay una puerta de hierro; se abre, y hay un claustro alegre y monji en cuyo centro crecen flores. Sólo mujeres como azucenas debieran pasar por esas galerías que tienen una vieja y gaya paz, como cuando pasaban por ellas las buenas dominicas, con sus túnicas albas como grandes palomas que volasen a flor de la tierra.

Quién dijera que tras de aquel claustro hay un presidio. Pasado el claustro dicho, es donde comienza el penal, y aún antes del rastrillo vése ya ambular a unos hombres vestidos de burdo paño, que les debe más abrasar el alma que el cuerpo. Hay, sin duda, una negra deidad que tapa a veces con sus alas luctuosas los ojos de los hombres. ¿Quién es aquel mozo que pasea por allí una frente serena y noble? La sombra de Otelo cruzó por el paisaje de su aldea y emponzoñó el aire al pasar. En los penales italianos estos hombres llevan un letrado que, lejos de ser infamante, es poemático: asesinos por amor.

Pasado el rastrillo está el gran patio. El sol que le baña es más triste que el sol que cae allí al lado sobre el campo. Como una lepra se extienden por el suelo unos grupos dolorosos. Hay mil almas que se pudren al sol. ¿Qué hacen de continuo? La mayor parte holgar, porque no hay trabajo más que para una mínima porción de ellos. Cuando se cansan de estar sentados, pasean. ¿Qué platican? No serán conferencias peripatéticas. Miserable es su condición allí dentro; pero hay algo que la hace más miserable: el juego. Si carecen de naipes, rediviven las ceremonias de los viejos arúspices y ponen su suerte en la dirección del vuelo de las aves. Así pierden algunos su camisa y hasta el pan de toda una *campana*.

A los lados de aquel patio están los talleres. Telares, sastrería, zapatería, carpintería, todos los oficios revueltos en absurda promiscuidad. Si los talleres estuviesen en buenas condiciones y los útiles del trabajo fuesen perfectos y numerosos, el penal se dignificaría notablemente. Contigua está la barbería, donde abundan los cosméticos y los perfumes. Esta exquisitez, extraña a primera vista, es muy loable. El amor a la limpieza y los gratos aromas es tan útil para el alma como para el cuerpo. Encima de los talleres están los dormitorios donde se hacina la población penal. Allí están también la capilla y la escuela.

Después de ese patio vése un corredor siniestro, y luego un patinillo donde hay unas cocinas al aire libre. Una puerta en la tapia y tras de ella un jardín. Allí está la enfermería. Y es de ver, y más que de ver es de sentir, el efecto de un ataúd apoyado contra una de aquellas tapias esperando un cadáver. Y aquel ataúd hace pensar en un elegido que se ha escapado gallardamente del presidio. La descarnada es una buena diosa libertadora. ¿La descarnada? No. La Muerte es una hermosa ninfa que apaga una antorcha con el pie y ciñe con una corona de anémonas su frente.

La enfermería, limpia y bien cuidada, con sus buenas camas y su excelente servicio, es un oasis en el penal. Cerca de allí encuéntrase las celdas. Son éstas un castigo para los revoltosos, pues dentro del establecimiento gozan ordinariamente de cierta libertad.

A la hora del *Angelus* recógense los penados. Suena una charanga, y sus aires, que en la calle serían de alegría, son allí de una tristeza grotesca y agobiante. Y luego, sumisos y ordenados, marchan a recogerse para el reposo de la noche, aquellas sombras dantescas en el crepúsculo, y pasan... un dolor, otro dolor, todos los mil dolores.

Y es de pensar cómo la sociedad, verdadera culpable por sus abandonos y por sus injusticias de la comisión de los delitos, cae luego agobiadoramente so-

bre los que delinquieron. La vida es cruel, necia y absurda. Efectivamente, las cosas que pasan en el mundo tendrán un origen muy alto y muy sabio; pero no lo parece.

Cuando los penados se retiran para dormir tras de un día amargo, puede considerárseles como felices. La Humanidad atormentadora de los hombres ha inventado cárceles y presidios para los cuerpos; pero no podrá jamás inventar presidios para las almas. Y aquellos penados, cuando llega la noche, que es una buena diosa, reina del misterio, sentirán que de sus espíritus nacen unas enormes alas, y vuelan, vuelan, vuelan... Y con el sueño o con el pensamiento, correrán a los sitios amados, y rozarán la frente de sus hijos y besarán los labios de sus mujeres. Las almas tienen alas. ¡Ay, si no fuese por ellas!

«El mundo es el Infierno», ha dicho el gran Schopenhauer, y los hombres se dividen en almas atormentadas y demonios atormentadores. Hay en el presidio hombres inocentes quizá, y habrá muchos cuya pena sea excesiva con relación a su delito. Hay rurales infelices que están allí por haber cogido leña de los montes que ellos creen todavía de aprovechamiento común. Todo lo que se hace por vivir es sagrado. Pero la ley brutal, el cochino papel sellado y las inmundas uñas curialescas son capaces de ennegrecer las mejores alburas. ¡Oh, si todos fuésemos piadosos, y todos nos acordásemos de que somos hermanos!

La sociedad que no quiso evitar a esos desgraciados el ir a presidio, debiera cuidar mejor de ellos mientras están allí. Ellos muestran una camisa mugrienta, hecha jirones y deshilada, diciendo: —Hace nueve meses que me la dieron, y aún no me han dado otra.

Cuando llegó la *Perdigoncilla* a la puerta de aquella ciudad doliente, advino todas las amarguras que se escondían allí. Un vigilante y dos soldadillos, que había en el zaguán, la requiebraron, y ella les miró indignada.

—¿Vienes por tu novio, chiquilla?

—Vengo por mi padre.

Los otros se callaron, porque hay dolores imperiosos que hacen callar todas las bocas. Y ella, la *Perdigona*, con su madre muerta y su padre allí dentro, tuvo un tormento más ante la pregunta aquella. ¡Su novio! ¿No tendría ella un compañero también para llevar a medias los dolores? Y no lo tenía.

Pudo, al fin, pasar a los locutorios, y al cabo de un rato apareció, en el fondo de una de aquellas jaulas siniestras, el *Perdigón*. Había encanecido mucho, y su hija, que le desconoció al pronto, con el rostro afeitado y uniforme pardo, se echó a llorar al verle. El adivinó lo que ocurría al verla de luto y sola. Así, la miraba sin atreverse a preguntarla temiendo la respuesta. Al fin habló:

—¿Chiquilla. Y tu madre?

Y ella, la cara entre las manos, lloraba y no decía nada. El volvió a preguntar:

—María de la Cruz. Pero, ¿y tu madre?

Y como ella no contestase tampoco, sobre el rostro varonil y curtido del *Perdigón* corrió una lágrima también, y la dijo, comprendiendo que la evitaba un gran pesar:

—Bueno, mujer, no me lo digas. Pero levanta la cabeza. Mira. ¿Ya no conoces a este viejo?

Y cuando ella quiso alzar el rostro, fué para volver a cubrirle con el pañuelo. Mientras se oía a lo lejos un cantar, y una vaga claridad, que llegaba a la penumbra aquella, recordaba que fuera hacia sol.

Cuando aquella mañana se decidió a no esperarle más, todavía quiso conceder Soledad un plazo mental para la vuelta de Antonio. Las ausencias de los días anteriores habíanse prolongado un poco cada día. Salía solo Antonio y no consentía en ser acompañado, tanto que Soledad, rendida más que nunca a su compañero, que ya lo iba siendo muy relativo, había tomado la resolución de no inquirir el empleo del tiempo pasado fuera de casa, y haciendo un gran esfuerzo, ponía cara alegre para recibirle, disimulando muchas veces las lágrimas. Quince días iban a cumplirse desde su fuga de la corte, y ella los contaba como siglos. Algunas veces, la vieja dueña del cuarto pasaba a hacerla compañía y la contaba historias de su tiempo y de su mocedad, para consolarla y hacerla ver cómo ella también sabía de aquellas angustias y las había visto en sus amigas y en su madre y en las amigas de su madre, y había oído quejarse de lo mismo a su difunta abuela cuando la buena señora tenía que lamentarse de los desvíos de su yerno.

Aquella mañana habían dado ya las diez, y Antonio no parecía desde la tarde anterior. La noche antes, que Soledad pasó esperándole, minuto por minuto, sin consentir acostarse, fué para ella una tremenda iniciación en el dolor. Sin embargo, cuanto más pasaba la noche más hallaba su imaginación un motivo para disculpar al ausente. Y así vió amanecer y vió avanzar el día. Al dar las diez, determinóse a salir, y todavía se tomó una prórroga de diez minutos. Pasaron los minutos, y maquinalmente se levantó y maquinalmente salió a la calle y echó a andar. A poca distancia de la puerta tuvo que detenerse. Antonio, leyendo un papel, una carta sin duda, doblaba en aquel momento la esquina. Levantó la cabeza, y al ver a Soledad, dobló tranquilamente el documento, y muy despacio lo guardó en el bolsillo.

Juntos entraron en su casa y ella nada le dijo. El comenzó a explicarle el por qué de su ausencia de aquella noche. Había sido sábado la víspera, y unos amigos suyos, de Madrid, habían llegado para pasar en Aranjuez esa noche y el día del domingo.

—Total, mujer, que nos hemos *liao* de *juerga*. Y yo no podía decirles *na*, porque se creen que estoy solo. Yo les dije que andaba por estos pueblos comprando alhajas antiguas. Ya ves.

Ella nada le contestaba, y le miraba muy fija. El se creyó en el caso de decirle unas chirigotas y hacerla carantoñas. Y ella se las recibió impasible.

Luego, insensiblemente, llegaron a la cuestión importante. ¿Habían de estar toda la vida así? Aunque variasen de lugar, ¿habían de llevar encima de sus almas aquella vida de misterio y de zozobra, sobre la cual se cernía el hastío como un tremendo buitre que acechaba desde su lento vuelo un cadáver de amor para irle royendo poco a poco?

El, atacado de una repentina verbosidad, comenzó a describirla una vida futura llena de encanto y de alegría. Llegó a mandarla escoger el sitio adonde ella quisiera que fuesen. Y ella, transfigurada de repente ante la magia de un Tabor amoroso, creyó otra vez en un Eldorado, como había creído en él cuando se decidió a abandonar su casa de Madrid. ¡Oh, aquella casa! Y después de haberla recordado sintió la necesidad de salir a la ventana a respirar el grato ambiente, lleno de la fragancia de los jardines, para olvidar la visión de aquella trastienda oscura con su horizonte del patio sombrío.

Almorzaron juntos y quedaron en que aquella misma noche resolverían su problema. El la anunció que aquella tarde le era forzoso salir también, y también solo como los días anteriores, y empezó a balbucear un pretexto. Ella se lo atajó:

—No, hombre. No me digas nada. Si ya comprendo.

Se dieron el beso más fuerte que se hubieron de dar jamás, y Antofito se fué. Ella le miró marchar desde la ventana, y cuando al llegar a la esquina él se volvió para saludarla otra vez, ella, con la mano, le repitió su adiós. Aquella tarde ella se sentía contenta, como si el mar de la vida la hubiese arrojado a las lejanas playas de la dicha. Esa isla tan lejana que casi se ignora dónde está.

Llegó la noche, dieron las diez, las doce, las dos de la mañana, en fin. Y Soledad conoció otra vez las amarguras de la noche anterior. Antonio no llegaba. Sin embargo, poseída por una confianza excepcional, no se inquietaba como la víspera, tanto fué así, que, lejos de esperarle vestida, acostóse tranquila y se durmió. Cuando despertó, el sol llegaba cerca de su lecho. Entonces vió que no tenía su compañero al lado: pero como también el otro día llegó a media mañana, se dispuso a esperarle. Vistióse, y abriendo la ventana acechaba la calle.

De pronto rasgó el aire una copla que sonaba en el claro ambiente de la mañana como si fuese de cristal. Soledad la escuchaba atenta y sorprendida:

Si del cielo bajasen, bajasen  
los serafines a hablar contigo...

¿Qué brisa encantadora y encantada traía aquella voz? Calló un momento el cántico, y la calle aldeana tuvo otra vez su silencio, interrumpido sólo por el gorjear de los pájaros enjaulados que cantaban también himnos al sol. Luego oyóse un pregón de flores que un hombre pasaba vendiendo. Y otra vez el silencio, y la calma, y el reinado único del sol triunfando en la anchura de la calle. Pasó un rato, y aquella voz cantarina se oía ya más cerca:

que no me querías,  
que no me querías,  
con una mano me echabas  
con otra me recogías.

Y entonces, por la misma esquina donde esperaba la aparición de Antonio, destacóse gentil otra figura. Contoneándose levemente en su andar, despacio y distraído; echada sobre la frente el ala del sombrero cordobés, para protegerse del sol; con un pañuelo rojo de seda anudado al cuello y cimbreando un mimbre entre sus manos venía el hombre. Era *Angeliyo* el cantaor. Verle Soledad y cerrar de golpe la ventana antes de ser vista, fué todo la misma operación. Y oculta tras el visillo le vió pasar, por enfrente de su casa, dándose en el borde del pie con la varita juguetera.

## XX

Cuando a las doce vió Soledad que Antonio no venía, echóse el pañuelo de crespón, y salió a la calle. ¿Adónde iría? ¿A quién podría preguntar? No lo sabía; pero salió, y anduvo. Desembocó en la calle Stuart, dirigióse a la plaza, y, por instinto, miró al café cantante, de donde Antonio la había apartado siempre. Las vidrieras estaban abiertas, y aunque a aquella hora de la mañana era lo natural que no hubiese nadie dentro, ella quiso acercarse, y no bien se dirigía hacia allí, cuando una voz de mujer, muy conocida para ella, la hizo volver al punto la cabeza. Era la propia *Ruiseñora*, que la llamaba, saludándola a gritos, y besándola en las dos mejillas:

—Pero, mujer. Yo, loca buscándote por todos los rincones de este pueblo. Ya te dije que *pué* que viniese. Aquí hemos tenido a *la Perdigona*. Ayer se marchó. Digo, supongo que se habrá *marchao*, porque se despidió de todos. La ha salido una contrata en Madrid, en un café nuevo, y como aquí estaba sólo por mor de tener al padre cerca. Pero, hija, esto es morir-se, no se hace *na* en este

pueblo. Muy bien para el aquel de venir un día de *cuchipanda*, y al *avío*; pero no hay quien viva. Y tú, cuéntame...

—Pues, hija, que esta es la hora que no ha aparecido Antonio, desde ayer tarde.

—Aquí venía algunas veces; pero ni *pa* Dios me quería decir dónde parábais.

Entraron en el café, y otra individua que estaba limpiando el mostrador hizo, al ver entrar a Soledad, grandes extremos de alegría, mezclados con cierto dejillo compasivo:

—Vamos, mujer—la dijo—, que has *necesitao* quedarte sola para venir a preguntarnos por la *salú*, siquiera. No te doy el pésame porque a un hombre así lo que hay que ponerle es puente de plata. Hija, sí. Yo que tú, hace tiempo que le hubiese *dao* el pasaporte.

Soledad, palideciendo no quiso darse por sorprendida con lo que oía. Sólo tomó un gesto indiferente, y se limitó a decir por algo:

—¡Ya ves!

*La Ruiseñora* que no sabía lo que pasaba, y no tenía por qué disimular sorpresa, preguntó qué ocurría. La del mostrador continuó mientras alineaba botellas de licores en la anaquelaría:

—Anda, pues no estás tú también poco *atrasá* de noticias. Que ha *parao* la cosa en lo que tenía que parar al andar juntos a todas horas *el Platerito* y *la Perdígona*. Anoche se marchaba ella, y *el Platerito* la ha *acompañao* para que no tenga miedo. También, *miá* esa. Hace ocho días lloriqueando que si estaba sola en el mundo, que si fué y que si vino; y ahí la *tiés*, que pronto se ha *buscao* quien la pasee. Yo lo que no sé es como ha tenido ésta tanta *paciencia pa* resistir a ese.

Soledad nada decía; la vista baja y nublada, la garganta apretada como por unas manos invisibles. *La Ruiseñora*, que quería de veras a Soledad, se desató en improperios contra los dos, que ya estarían en Madrid.

—Si son iguales todos, mujer; pero es que todos.

—También habrá sus *escepciones*—dijo alguien que entraba, y saludó después: —A la paz de Dios, serranas.

*Era Angelito.*

## XXI

Solicitas, paternales, aquellas mujeres acompañaron aquella tarde a Soledad, después de haberla hecho almorzar con ellas, y no la dejaron volver a aquella casa, que había de pesar sobre ella como un remordimiento. El remordimiento de haber dado un tesoro de amor a quien lo robaba. Ella quería volverse aquella misma noche a Madrid, y no la consintieron. *La Ruiseñora* terminaba su compromiso en aquel establecimiento cuatro días después, y la obligó a que volviesen juntas, y a que juntas viviesen aquellos días. A la otra mañana hubo de acompañarla a despedirse de la vieja de la calle del Almíbar, y prevenirla de que irían a recoger el equipaje, que pusieron en orden al cabo de poco rato.

Al fin, y sin volver la cara atrás, para no ver más aquella casa, la abandonaron Soledad y su amiga. En la calle encontraron a *Angeliyo*, que las fué acompañando.

No se la cocía bien el pan a Soledad desde que, reclusa de por fuerza en casa de *la Ruiseñora*, en aquella estrechez de la Cava Alta, pensaba en los peligros de las salidas imprudentes, hallándose, como se hallaba, a tan corto espacio de su propia casa, y se la revolvió el espíritu al recordar que más cerca de ella todavía, sin más distancia que la de la plazuela de Puerta de Moros, estaría el platerito en su taller, cambiando el oro en aquellos globitos, que a veces parecían de sangre y a veces parecían de fuego. Y se acordaba de él y se complacía en recordarle; pero en seguida, como una obsesión, como un fantasma, se la presentaba *la Perdigona* en su imaginación. Y entonces se consumía toda entera, y lloraba. Pero lloraba para adentro, que es el llanto que quema los ojos y no los moja.

No era, por tanto, la mejor disposición de ánimo la que ella tenía para recibir al *Angellyo*, que ni una sola tarde dejaba de ir a verla.

Sólo de noche, y como a hurtadillas, solía salir Soledad con *la Ruiseñora*, y durante la cena hablaban de proyectos. Desde luego, Soledad, comprendiendo que aquella situación falsa era de una prolongación imposible, decidíase a resolver su vida. Desde luego estaba dispuesta a dar la campanada. Presentarse en público, y hacer ella su vida sola. Y según estaba de humor, así se decidía, o por una existencia pacífica y honrada, viviendo del trabajo de las buenas artes de encajera, que habían constituido la única educación de su niñez, o a veces quería echarlo todo por alto y lanzarse al *tablao* de un café o de un *cine*; lo que se terciara.

*La Ruiseñora* la alababa todas sus resoluciones con tal de que tomase alguna de verdad. Y, sobre todo, con tal de que no pensara más en Antonio. Y de eso era de lo que no quería darla su palabra la otra. Al fin, un día, hubo una bronca gorda entre las dos. Vino *la Ruiseñora*, y se la encontró escribiendo una carta. Como si se lo hubiesen dicho al oído así comprendió para quién era, y arrojándose sobre el papel se lo arrebató y lo estrujó entre sus dedos. Soledad, sorprendida, sólo supo decir:

—Bueno, ¿y qué? Me da la real...

—Si que te dará. Porque todas estamos locas.

—Y que nos dure, hija, y que nos dure.

—No, pues esta *guillaura* se te va a acabar a ti muy pronto.

—¿Lo mandas tú?

*La Ruiseñora*, sin contestarla, rompió la carta, y empezó a hacer los cargos a quien no estaba para tomarlos. En lo que sí quedaron fué en que al siguiente día había de normalizarse la situación de Soledad, fuese en el sentido que fuese.

Y a la otra tarde salió sola de casa Soledad. Era una tarde de verano, y el cielo profundamente azul, la tierra ardiente y los blancos toldos de unos puestos veraniegos que había sobre el solar del dormido Humilladero de Gracia, daba un carácter bellamente africano a la plaza. No se oía más que el vocear de los vendedores de horchata y limón, y el chirriar del tranvía sobre los rieles abrasados. Aunque era ya hacia el fin de la siesta, muchas tiendas tenían todavía entornadas sus puertas. Sólo abríanse las del cercano café, de donde los mozos, en mangas de camisa, sacaban grandes macetas de *evonimus* para improvisar la terraza del establecimiento en un rincón tranquilo de la vieja plazuela.

Soledad habíase vestido con una sencilla falda azul y una blusa de batista blanca que casi transparentaba su carne, y se cubría con el negro y flecado pañuelo de crespón. Brillaba al sol su negro tocado con rutilantes horquillas y peinetas, y brillaban más sus ojos encendidos. Llevaba unos primorosos zapatos bajos de blanquísima cabritilla, y el nacimiento de sus piernas, guarnecidas

por las caladas medias, advertíase cuando ella se recogía la falda pisando menudito sobre los adoquines recién regados.

Nerviosa, inquieta, ajena a cuanto podía pasar en torno suyo, salió de la Cava Alta y cruzó en dirección a la calle del Humilladero. Al llegar a la esquina de la calle de Luciente, se detuvo, alzó los ojos y miró. Desde allí divisaba el balcón de la platería doméstica. Y con un valor admirable se puso a escuchar. Con el valor tremendo de hallarse a cinco pasos de su casa, a cinco pasos de su marido a quien cualquiera podía advertir de su presencia. Valor de exponerse a la vista del viejo padre de Antonio. Valor de colocarse ante la posible mirada del platerito mismo. Pero, en fin, eso era lo que quería, y si no eso, por lo menos verle ella a él. Y acercándose más por la acera de enfrente, llegó a divisar, detrás de la persiana tendida, el resplandor del candilón que ardía en el taller. Así estuvo algún rato. A bien para ella que nadie andaba por la calle. Sólo el fío de los claveles pasó con el burro arrastrando sus pasos y su pregón que se perdía en el claro ambiente de la tarde. Al fin, ella vió moverse la persiana del cuarto de Antonio, y entonces tuvo un miedo instintivo. Un miedo lógico de ser vista, y se escondió en el portal cercano. El propio Antoñito, en efecto, habíase asomado para recoger la persiana porque el sol se había retirado ya de aquellas fachadas, y ella, sin ser vista, pudo verle de una manera discreta y cautelosa. Verle por vez primera desde aquel día de Aranjuez.

Llegó un momento en que ella no sabía si penaba o gozaba con aquella tarea de observatorio. Y desde allí vió pasar ante ella toda su novela de quince días. De aquella huida en busca de un lejano país y de una lejana felicidad. Aquel pronto naufragio en el hastío. Y luego el engaño de aquel hombre que ella había elegido como guía de amor por la vida. Y, sin embargo, engañada, vendida, despreciada, allí estaba ella delante de la casa del burlador, arrasada con ciega y salvaje sumisión de hembra que pone su amor por encima de su dignidad y de su bien.

Así estaba ella en su apostadero, abanicándose nerviosa, esperando lo inesperado, cuando se le nubló la vista, y un largo estremecimiento se apoderó de ella. *La Perdigona*, con aire ufano y satisfecho, venía calle abajo. Al llegar a la casa del platero alzó los ojos y miró al balcón como si buscara una seña convenida. Luego entró en el portal. Soledad cruzó al punto la calle tras de ella, y pisaba ya el umbral de la puerta de la casa de Antonio, cuando alguien, al tiempo que la detuvo, la dijo:

—¿Dónde vas, criatura? ¿No ves que estorbas?

Soledad vió entonces quién era el que acababa de llegar. Era *Angeliyo*.

*Angeliyo*, que la cogió dulcemente del brazo y la llevó consigo, porque ella, no respuesta aún de la sorpresa, se dejaba llevar.

El la decía:

—Tendrás cara, *so desgraciá*, para mirar a ese hombre. Porque ya sabrás que se casan.

Ella no lo sabía, y no quiso confesarlo. Pero aquellas palabras la habían acabado. Por decir algo, siguió su diatriba contra *la Perdigona*.

—No la conoces bien a esa. Ella, ¿qué culpa tiene? Si es un cacho de pan.

—La culpa es de ella. De esa guarra, hija de un ladrón, piojosa, que andaba lampando por un hombre.

—La culpa es de él. Ella estaba sola en Aranjuez. Su madre, muerta. Su padre, bajo llave. Al primer asomo de querer que se la presentara tenía que atenderle. Antonio quiso hablarla, y ella se dejó hablar.

—Eso es. Defiéndela tú, encima.

—No la defiendes. Pero es haciendo ver las cosas.

*Angeliyo* subió acompañándola hasta su mismo cuarto. Estaban solos, porque *la Ruiseñora* no había vuelto aún. Mientras ella se quitaba el pañuelo de crespón y lo doblaba cuidadosa, él la preguntó.

—¿Te acuerdas de aquella tarde de Aranjuez? No hace mucho.

—Sí. Me acuerdo. ¿Y qué?

—Que creí que tú podías ser para mí lo que yo podía ser para ti.



—No, *Angeliyo*. No lo podremos ser. Entre tú y yo hay otros dos. Ya ves como no podemos estar tan cerca.

Y callaron. Salieron al balcón, y allí, juntos, permanecieron silenciosos. Había avanzado ya la tarde y todo era alegría en el ambiente. Cantaban los pájaros en las jaulas y las mujeres en su casa. Por la calle se sucedían los pregones. Un organillo vertía todo el torrente de su alegría chillona.

Al fin, ella empezó a mostrarle la situación cruel de su vida. Expuesta a tropezarse con su marido cuando menos lo pensara. Y sin saber qué hacer, hasta el punto de que aquel mismo día era el que ella se había tomado como término para resolver acerca de su porvenir. Otro porvenir después de fracasado aquel tan bello, que se había roto al primer choque con la vida. Aún no había vuelto por la Academia de *Manoliyo* desde que estaba en Madrid, y contaba hacerlo, porque quizás allí, que era una especie de Bolsa de contratación para artistas de aquel género, pudiera presentársela una buena ocasión para marcharse de Madrid con una base segura y de una manera definitiva.

### XXIII

Al caer de la tarde fuese con *Angeliyo* a la casa de la calle de Santo Tomé. No hay que decir los extremos de afecto con que la recibió el fantasioso bailarín. Quien, como discreto que era, cuidó muy bien de no dirigirla pregunta ni alusión que pudiera recordarla su desventura, ya por él conocida, tanto más cuanto que *la Perdigona* había sido su discípula y Antoñito un asiduo a sus bailes. A pesar de ello, y como a él no le cabía en la cabeza que hubiese rencor por esas cosas, no vaciló en invitar a Soledad para sus fiestas, sin dársele un ardite de que pudiera encontrarse con el platero. Ella, decidida a poner punto a aquella vida de reclusión que llevaba, aceptó inmediatamente el holgorio y empezó por no salir de allí hasta las nueve de la noche, entretenida con las conversaciones y con los bailes de las discípulas. Muy tarde ya, había llegado *la Ruiseñora*, y con ella salió Soledad, exponiéndola un fantástico plan para lo futuro.

### XXIV

A la otra noche había baile grande en la Academia. Su solemnidad la anunciaba ya aquel quinqué titilando en un rincón del zaguán, a oscuras de ordinario. Desde el patio se percibía el rumor de la zambra. En la cantina se apiñaban los hombres, y no había reposo en el despachar copas y cañas. Allí dentro, sobre el murmullo de las charlas, se oía el rasguear de las guitarras y el repiqueteo de las castañuelas. Sólo se divisaban las cabezas. Las mujeres con sus tocados historiados, muy rizosos y relucientes. Algunas se adornaban la cabeza con flores. Las más preferían, sin embargo, el adorno de horquillas que relumbraban. Los rostros estaban encendidos, y los ojos, que solían languidecer en algunos pasos del baile, animábanse luego con un fulgor extraordinario al mirar a la pareja. Ellos, con sus sombreros anchos o sus gorras de seda, inclinándose sobre la frente.

Al principio hubo un bailecito clásico, y el mismo amo de la casa hizo algunas de sus filigranas. Luego, para regocijo general de los concurrentes, se estableció el *agarrao*. Ventura y Flores, los guitarristas, dejaron los encantos de su arte querido y dieron su tributo a la *polka* y al *schotis*. Al principio de esta segunda parte había llegado Soledad con *la Ruiseñora*, que aquella noche

no trabajaba. *Angeliyo* bullía entre la gente alegre y decidor más que nunca. *Manolillo* iba y venía sin parar, como siempre. Y era el alma de todo. El alma del baile y de los invitados, y del ambigú y de los bebedores, y del amor y de los amantes. Habíasela nublado el humor a Soledad que, apenas entrada, vió en un rincón a *la Perdigona* con otras compañeras, vestida toda ella de negro.

—Anda, me río yo del luto—dijo *la Ruiseñora*.

—¡Ya ves, que pena!—contestó Soledad.

*Manoliyo*, que no podía estar quieto, la hizo desde la puerta una señal para que saliera.

—¿Para qué?—le preguntó ella.

—Para que salgas, cachito de turrón, que no quiero que estés ahí entre los golosos.

Y de la mano la sacó fuera, y haciéndola dar una vuelta repentina, la dejó como clavada en el suelo. Allí, en la puerta de la cantina, que daba al patio, estaba el propio Antoñito *el Platero* con otros hombres. El volvió entonces la cara, y *Manoliyo*, el autor de la gracia, había desaparecido como los diablillos burlones, después de hacer alguna de las suyas. Y los hombres que estaban con Antonio, comprendiendo la situación, hallaron también manera de alejarse. No los siguió Antonio, a quien quizás le estorbaban con su presencia; volvió *el Platero* su mirada a Soledad; pero fué una mirada de esas que hacen pensar en la bondad de los ciegos.

—¿No sabes que he venido con *esa*?—la dijo.

—No quiero saber quién es *esa*—contestó Soledad—. No creas tampoco que he venido a decirte nada. A tu lado me han traído no sé cómo. Como hacía tanto tiempo que no te veía, te miraba. Si ni mirarte puedo, avisa.

—¿Pero a qué vienes?

—Pues mira, la verdad, como al fin y al cabo me acuerdo de que hemos sido amigos, quería darte la enhorabuena. Como sé que te casas. Y ya sé que te llevas una alhaja. Cuando tú la has escogido que eres del oficio... Ella también entiende de joyas. Como su padre las *afana*. Supongo que no dejarás entrar a tu suegro en el taller.

—Cállate, cállate, que te ahogo.

Y de un empujón la hizo caer sobre el poyo de azulejos que había debajo de la parra.

La figura de *Angeliyo*, hierática como la de una estatua antigua, aparecióse en el dintel de la puerta del baile. Antonio, tranquilo y sereno, habíase vuelto al salón como si nada hubiese pasado. Erguida Soledad, puesto el pañuelo sobre los ojos, encaminábase a la calle.

*Angeliyo*, como un caballeroso paladín que ofrece a su dama el combate y la vida, llegóse a ella para decirla:

—¿Qué te ha hecho? Mándamelo, y le mato.

Y Soledad, sin mirar siquiera al paladín, contestóle mientras seguía andando:

—Me ha hecho lo que ha querido. Para eso es él

La ira del amor herido no enciende los rostros como las otras iras. Los hace palidecer como una impresión de muerte. Así, blanca y fría como estatua de nieve, comenzó a andar Soledad calle adelante con paso de sonámbula.

Un simón pasaba y Soledad le llamó, díjole unas señas y subió en él. Pasaban ante ella calles y gentes como en un doloroso vértigo de pesadilla. Al llegar a una esquina hizole detenerse con un gesto de inconsciente arbitrariedad, despidióle y dióse a andar por calles y callejas; de prisa, de prisa, como si fuese

delante de ella una dicha sonada que se la escapaba burlona, deslizándose y perdiéndose en un dedalo de callejones.

Llegando a una plaza, oyó unas detonaciones lejanas, y se detuvo. Alzó los ojos, y vió una cinta de luz, subiendo por el cielo, romperse con estrépito y caer luego en una lluvia de colores que se perdían pronto entre las sombras. Había verbena esa noche, y aquello era un cohete. Aquello que subía hasta el cielo, se rompía en colores, y se perdía pronto. Como sus esperanzas, como su amor, como su vida.

Y prosiguió Soledad aquella marcha, como si una maldición la obligase a andar, a andar errante eternamente. Había pasado las Vistillas, desembocó en el Viaducto, y se detuvo nuevamente. ¿Adónde ir? En aquel lugar, y en aquel momento, algo pensó que la dió miedo. Y sintió un terror infantil, como si la pareciese que unas brujas monstruosas bailoteaban sobre su pobre cabeza, y cabalgaban sobre sus hombros, y tiraban luego de su cuerpo todo para subirlo por los aires y dejarlo caer desde lo alto entre las risotadas ásperas y secas de sus bocas que tableteaban sin dientes.

## XXVI

Por fin determinóse a ir a alguna parte, y llegó a casa de *la Ruisñora*. Y aquella mujer, maestra en el vivir y doctora en el amor, recibióla con afabilidades de abuela que espera el fin de una travesura de su nieta. Y empezaron a hablar.

—¿Qué he de hacer?—se preguntaba Soledad.

—¿Quieres que te diga la verdad?—la contestó *la Ruisñora*.

—No. No me la digas porque la sé. Que lo que debo hacer... es volver a mi casa. ¿Verdad?

—Verdad.

—¡Qué castigo mayor!...

—Aunque después de todo, chiquilla, yo creo que la cosa no es para morir-se de pena.

—Y sí que lo crearás.

—Lo que te digo es que en esas cosas del querer, donde una puerta se cierra, otra se abre.

—¿Por qué lo dices?

—Ahí tienes a Angelillo.

—Sí. Pué que sí. Que yo haya pasao junto a mi felicidad sin conocerla. Y que mi felicidad fuese él.

—Más era él que el otro.

—No. No. A ese no me lo nombres.

—Sí. Es como si se hubiese muerto.

—Pues si se hubiese muerto, le hubiera llevado luto. Así tengo también que guardarle duelo.

—No. Sí, que estás mollate, ya lo sabía yo. Miá que tener un chico como el Angel, que te quiere con buena voluntad, y despreciarle por ese...

—Cállate. Haz el favor.

—Hija. Ni pío.

Hubo un silencio, y Soledad dijo, por fin, con el tono resuelto de una decisión formal:

—Me volveré a mi casa.

—Si quieres que yo vaya primero... y le prepare...

Y aquella tarde, después de almorzar, para cogerle a la hora de la siesta, en que no habiendo parroquianos, podía hablarse mejor y largamente, fuese *la Ruiseñora* a ver al señor Juan, que había disimulado con gran cordura la ausencia de su mujer.

\* \* \*

Era de noche ya. Los últimos parroquianos habíanse marchado porque había verbena. Era una alegre noche de Junio. El chico, único sér viviente, aparte del gato, que había en la tienda, dormía de bruces sobre el mostrador. Así no pudo ver entrar a su ama, la esposa pródiga que volvía. Pero no sumisa, sino más rebelde que jamás. Así era el magno dolor de aquella entrada. En la trastienda, sentado ante la camilla, echando las cuentas del día, estaba el señor Juan. La sintió entrar, y ni la dijo buenas noches, ni alzó la cabeza del cuadero. Ella tampoco dijo nada. ¿Qué iba a decir?

El, al sentirla cerca, díjola:

—¡Hola, buena pájara! Parece ser que hemos vuelto a la jaula.

Ella, sin decir nada, quiso subir a su habitación. El la previno que la había puesto cama aparte.

—Gracias—contestó ella.

—Sí. Tu cama está en el gabinete. Yo subiré ahora y me encerraré en la alcoba. Pasado un rato puedes acostarte sin temor a que te moleste. Al fin y al cabo eres el ama de la casa.

Y sin decirle más, salió de la tienda, despertó al chico, ordenándole que no tardara en cerrar, y con manera grave y reposada subió a su aposento.

El chico, mal despierto, volvió a cabecear sobre el mostrador. Oyóse ruido arriba. Era el señor Juan que trajinaba. Desperezóse el chico, y acudió a cerrar las puertas. Soledad llegóse a la escalera, y de arriba se oyó la voz del señor Juan, que decía:

—Cuando quieras subir, subes. Que yo ya estoy en mi cuarto.

Y subió Soledad, y con paso lento y perezoso dejóse entrar en su aposento. La luna dibujaba la sombra de la persiana como un arabesco sobre el pavimento. Soledad acercóse al balcón a respirar o a creer que respiraba.

Oyó el ruido de las puertas metálicas, que cafan con estrépito. Luego, el rodar de un coche que pasaba con sones y cánticos de juerga. Después, como unas salvas de cañón. Eran los cohetes de la verbena. Unos cohetes de cien colores, que subían muy alto y rasgaban el cielo fugaces, como esas estrellas que corren en la noche, y nosotros queremos creer que son las almas que se van.

*Como se veía.*

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

# ¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.  
Economía, por la duración.  
Elegancia, por la novedad.



Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

**Es lo mejor** La ciencia tiene demostrado que la caída del cabello es debida generalmente a infecciones de las raíces capilares o bulbos. Usando **La Flor de Oro** evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservaréis su color. Se vende en las perfumerías y droguerías.

HEMOS PUESTO YA A LA VENTA LAS

## TAPAS

para encuadernar los números publicados por LA NOVELA CORTA desde el 1.º de Enero al 30 de Junio de 1917.

Estas artísticas tapas, son en tela fantasía moaré, con estampaciones.

Precio de las tapas, 1'50 pesetas.

A provincias, certificadas, 1,75 pesetas.

Todo pedido deberá venir acompañado de su importe.—No se acepta el pago en sellos.

# La Novela TEATRAL

*publicará mañana domingo*

la comedia en dos actos, de éxito extraordinario, titulada

# LA GENTUZA

original de

## Carlos Arniches

Caricatura de TALLAVÍ  
por M. TOVAR

DIEZ céntimos.

# Un ciego



**PUEDE**

comprobar por sí mismo la  
intensidad lumínica, brillantez  
y permanente de la lámpara

**OSRAM**

**UN CIEGO VE**

la duración ilimitada de la  
lámpara

**OSRAM**

debido a la gran solidez de  
su filamento de hilo de tungsteno  
do é irrompible

**UN CIEGO VE**

la economía en el consumo  
de la lámpara

**OSRAM**

comparada con sus similares  
res.

CONCESIONARIO:

**LEON ORNSTEIN**

MARIANA PINEDA

MADRID



